

FOND  EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

En busca de la
POMPEYA MEXICANA

LAS EXPLORACIONES DE LEOPOLDO BATRES
EN TEOTIHUACÁN, 1905-1910

María del Pilar Iracheta Cenecorta



En busca de la
POMPEYA MEXICANA

LAS EXPLORACIONES DE LEOPOLDO BATRES
EN TEOTIHUACAN, 1905-1910



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Rosalinda Elizabeth Benítez González
Secretaria de Turismo

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga,
Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres,
Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché,
Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla



Víctor Humberto Benítez Treviño
Presidente

José Antonio Álvarez Lobato
Secretario General

Emma Liliana Navarrete López
Coordinadora de Investigación



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

Jorge Olvera García
Rector

Ivette Tinoco García
Secretaria de Difusión Cultural

Rosario Rogel Salazar
Directora del Programa Editorial Universitario

María del Pilar Iracheta Cenecorta

En busca de la
POMPEYA MEXICANA

LAS EXPLORACIONES DE LEOPOLDO BATRES
EN TEOTIHUACAN, 1905-1910

FOeM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO




UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

930.14725
I651e

Iracheta Cenecorta, María del Pilar
En busca de la Pompeya mexicana. Las exploraciones de Leopoldo Batres
en Teotihuacan, 1905-1910 / María del Pilar Iracheta Cenecorta. —Zinacantepec,
Estado de México: El Colegio Mexiquense, A.C.; Gobierno del Estado de México;
Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.

208 p.
Incluye referencias, bibliografía y descripción fotográfica
ISBN: 978-607-495-411-1

1. Teotihuacan, México (Estado) – Arqueología. 2. Teotihuacan, México
(Estado)– Historia. 3. Teotihuacan, México (Estado) – Exploraciones. 4. Arqueo-
logía – Teotihuacan, México (Estado). 5. Batres, Leopoldo – Vida y Obra. I.t.

Edición y corrección: Rebeca Ocaranza Bastida y Cynthia Godoy Hernández

Diseño y cuidado de la edición: Luis Alberto Martínez López

Formación y tipografía: Xiomara Espinoza Velázquez y Luis Alberto Martínez López

En busca de la Pompeya mexicana. Las exploraciones de Leopoldo Batres en Teotihuacan, 1905-1910

© Primera edición. Secretaría de Educación Pública del Gobierno del Estado de México, Secretaría de Turismo del Gobierno del Estado de México,
El Colegio Mexiquense, A.C., Universidad Autónoma del Estado de México, 2015

DR © Gobierno del Estado de México

Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/25/15

© Secretaría de Turismo

Robert Bosch esq. 1° de Mayo,
segundo piso s/n
Zona Industrial, Toluca de Lerdo,
Estado de México
www.edomex.gob.mx/sectur

© El Colegio Mexiquense, A.C.

Ex hacienda Santa Cruz de los Patos s/n,
colonia Cerro del Murciélago,
C.P. 51350, Zinacantepec,
Estado de México.
Correo electrónico: ventas@cmq.edu.mx
www.cmq.edu.mx

© Universidad Autónoma del Estado de México

Instituto Literario núm. 100,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
www.uaemex.mx

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de los titulares
del derecho patrimonial.

La reproducción, uso y aprovechamiento por cualquier medio de las imágenes pertenecientes al patrimonio cultural de la nación mexicana contenidas
en esta obra está limitada conforme a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas y la Ley Federal del Derecho
de Autor. Su reproducción debe ser aprobada previamente por el INAH y el titular del derecho patrimonial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ISBN 978-607-495-411-1

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
SIGLAS Y ACRÓNIMOS	13
INTRODUCCIÓN	17
PRIMERA PARTE	
LA EXPLORACIÓN DE TEOTIHUACAN, 1905-1910	23
CAPÍTULO I. EL VALLE Y LA CIUDAD PREHISPÁNICA DE TEOTIHUACAN	25
El valle de Teotihuacan	25
La ciudad prehispánica de Teotihuacan	28
CAPÍTULO II. APROXIMACIONES, VISITAS Y EXPLORACIONES PREVIAS EN TEOTIHUACAN	39
Textos históricos	40
Textos de tradición indígena	40
Crónicas coloniales y descripciones de viajeros	41
Historiadores del siglo XIX	49
Textos arqueológicos	51
Precursores de la arqueología	52

CAPÍTULO III. TRABAJOS DE EXPLORACIÓN (1905-1910)	57
Preludio: la exploración de 1884-1886	58
La exploración de 1905-1910	65
Construcción del ferrocarril	76
CAPÍTULO IV. CONFLICTOS DURANTE LA EXPLORACIÓN	83
Batres contra los propietarios de terrenos	85
Introducción: el conflicto entre propiedad y usufructo	85
Estructura productiva y social del valle de Teotihuacan	88
El gran conflicto con los propietarios	92
Los propietarios contra Batres	94
La formación de la zona arqueológica de Teotihuacan	102
Inauguración y huellas de la expedición arqueológica	104
Inauguración	104
Huella de la expedición	107
SEGUNDA PARTE	
DESPUÉS DE LA EXPLORACIÓN DE 1905-1910: POLÉMICA Y REFLEXIÓN	111
CAPÍTULO V. BATRES CONTRA LOS ESPECIALISTAS	113
El guerrero enamorado de la arqueología	113
Las controversias de don Leopoldo	118
Controversia Batres-Gamio	119
Polémica Batres-Chavero	129
CAPÍTULO VI. HISTORIA, ARQUEOLOGÍA, NACIONALISMO Y PATRIMONIO CULTURAL: A PROPÓSITO DE TEOTIHUACAN	137
La producción de historia	138
Relación entre el nacionalismo y la arqueología	145
Nacimiento de la arqueología científica en México	145
Nacionalismo y uso de la arqueología	147
Relación entre arqueología, museografía y protección del patrimonio cultural	154
Leopoldo Batres y la protección del patrimonio arqueológico	158
CONCLUSIONES	165
APÉNDICES	171
Apéndice I	173
Apéndice II	185
FUENTES CONSULTADAS	189



*Para Elvira Pruneda Gallegos, bisnieta de
don Leopoldo Batres, cuya obra y memoria resguarda
con orgullo.*



AGRADECIMIENTOS



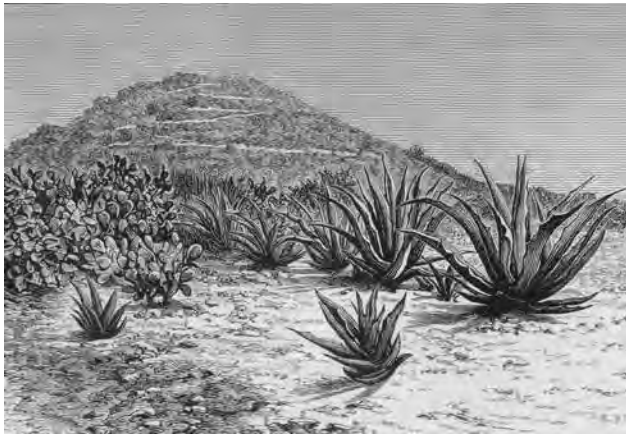
lo largo del desarrollo de este trabajo de investigación contraí deudas de gratitud. En primer lugar agradezco al Colegio Mexiquense, A.C., noble institución en la cual desempeñé mi trabajo como profesora-investigadora, por su apoyo constante a mi labor de docencia e investigación. En especial quiero dar las gracias a los doctores Edgar Hernández Muñoz y Alejandro Vargas Castro, ex presidente y presidente actual, respectivamente, de El Colegio Mexiquense, A.C.; agradezco al maestro Evaristo Hernández, jefe de la biblioteca, y a la licenciada Myrna Malaquías por su eficiente y amable apoyo en la localización y el préstamo bibliográfico. Mi gratitud para el director de la Fototeca de Pachuca, maestro Juan Carlos Valdez Marín, y a su personal por su eficiencia y amabilidad, así como por las facilidades brindadas para la selección y reproducción del material fotográfico; ellos hicieron que mi estancia en Pachuca fuera una experiencia muy agradable. Agradezco al personal del Archivo General de la Nación, al de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, donde se encuentra el archivo personal de don Leopoldo Batres, y al de la Universidad Iberoamericana, Colección Porfirio Díaz. En el Estado de México, reconozco la labor del equipo de trabajo del Archivo General de Notarías del Estado de México, dirigido por los licenciados Marisela Beltrán y David Huerta. También quiero agradecer a los directores y trabajadores de los archivos municipales de San Juan Teotihuacán y de Texcoco respectivamente.

Mi agradecimiento a la Unidad de Publicaciones de El Colegio Mexiquense, por el cuidado puesto en la edición de este trabajo; a la Unidad de Informática, en especial a la ingeniera Tania Lilia Chávez Soto y al licenciado Víctor Lugo Arancibia por su apoyo en el formateo y corrección del documento preliminar.

Manifiesto mi atento agradecimiento al ex gobernador del estado y ex secretario del Consejo Consultivo del Bicentenario en el Estado de México, doctor en derecho César Camacho Quiroz, cuyo amplio conocimiento de nuestra historia y gran entusiasmo respecto a la realización de proyectos académico-culturales hicieron posible el financiamiento y la obtención de los derechos de publicación del material fotográfico que aparece en el libro. Mi sincero agradecimiento para el contador y licenciado en administración de empresas Joaquín Ramón Iracheta Cenecorta, quien me auxilió en la elaboración del Apéndice II de este trabajo. También quiero agradecer ampliamente a la licenciada en computación Ernestina Gómora Zepeda, por su trabajo de captura y corrección del trabajo, así como por la elaboración de los dos apéndices que complementan la investigación.

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

AGN	Archivo General de la Nación
S	Sección Justicia
RG	Ramo Gobernación
GP	General de Parte
AGNEM	Archivo General de Notarías del Estado de México
DT	Distrito de Texcoco
AHM	Archivo Histórico en Micropelícula
AMT	Archivo Municipal de Texcoco
AMST	Archivo Municipal de San Juan Teotihuacan
RT	Ramo Tierras
RP	Ramo Presidencia
ROP	Ramo Obras Públicas
APLB	Archivo Personal de Leopoldo Batres
BVUACJ	Biblioteca Virtual de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
CMTPA	Colección Mexicana de Tarjetas Postales Antiguas
SPC	Serie Primer Centenario
DOF	Diario Oficial de la Federación
FALB	Fondo Acervo Leopoldo Batres.
Sinafo-INAH	Sistema Nacional de Fototecas del Instituto Nacional de Antropología e Historia
SIPBA	Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes
STBNAH	Subdirección Técnica de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia
UIA	Universidad Iberoamericana
CPDAP	Colección Porfirio Díaz, Archivo Personal
ZMAT	Zona de Monumentos Arqueológicos de Teotihuacan



odos aquellos templos y salas y todas sus paredes que las cercaban estaban muy bien encaladas, blancas y bruñidas, que verlas de cerca o lejos causaban gran contento mirarlas; los patios y suelos eran teñidos de almagre bruñido y incorporado con la misma cal. Y tan limpios y lucidos estaban que no parecían que manos de hombres los hubieran hecho ni que pies humanos los pisasen [...]. Había en estos templos arboles, flores y huertos y jardines de mucha fragancia y recreación, para el servicio y adorno de dicho templo.

Fray Juan de Torquemada,
Descripción de Teotihuacan,
Monarquía Indiana (1975)

INTRODUCCIÓN



El proyecto de exploración, restauración y consolidación de la Pirámide del Sol y otros monumentos en el sitio arqueológico de Teotihuacan se concibió como parte de las actividades conmemorativas de la celebración del primer centenario de la independencia de México en 1910, cuya fastuosidad e impacto han permanecido en la memoria histórica de la sociedad mexicana. La expedición arqueológica se debió a la iniciativa de don Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno del general Porfirio Díaz. En su viaje a París, Sierra fue persuadido por el duque de Lubat –un importante mecenas francés de las artes y la arqueología– para exhumar de las entrañas de la tierra lo que el aristócrata francés consideró una “verdadera Pompeya mexicana”.

En este trabajo abordo la historia del descubrimiento de la Pirámide del Sol, pero también de algunos vestigios que salieron a la luz entre 1905 y 1910. Los trabajos estuvieron a cargo del arqueólogo Leopoldo Batres, inspector general de Monumentos Arqueológicos durante el porfiriato. Tanto la historia de la exploración como los motivos que la impulsaron exceden un estudio meramente arqueológico; en este sentido, más que las técnicas y los métodos arqueológicos que se aplicaron en Teotihuacan, consideramos el abordaje del tema desde la perspectiva de la historia de la arqueología en México.

Desde este punto de vista, me interesa abordar los diferentes significados que el Estado y la arqueología porfirista otorgaron a los vestigios arqueológicos de la ciudad prehispánica de Teotihuacan,

y que fueron el marco para la realización de la primera exploración arqueológica a gran escala en México entre 1905 y 1910. En este contexto, pretendemos explicar los profundos motivos para llevar a cabo un proyecto de alto perfil como el teotihuacano, mismos que están insertos en el proceso histórico de formación de la arqueología como ciencia en México, el cual se fue definiendo en varias etapas no necesariamente evolutivas, tal como lo propuso Ignacio Bernal. Así, en el periodo 1880-1910, la arqueología en México se consolidó como una ciencia gracias a una masa crítica que dotó de una dinámica propia a los estudios arqueológicos para crecer y sostenerse sin permitir retroceso desde el punto que ya se había alcanzado hasta entonces. Dicha masa crítica se componía de un conjunto de cinco elementos principales enunciados por el arqueólogo Roberto Gallegos: “1. El inicio de una serie de metodologías y técnicas de trabajo. 2. La presencia de problemas de investigación concretos. 3. La preocupación por la conservación de los restos materiales. 4. La existencia de un contexto [político, académico y social] que validara y reconociera socialmente este tipo de trabajos. 5. La presencia de instituciones gubernamentales y académicas” (Gallegos, 1997: 28). Todos ellos constituyeron el contexto que dio pie a la realización del magno proyecto arqueológico de 1905-1910.

Con base en estas consideraciones, el trabajo se divide en dos grandes partes. La primera se titula “La exploración de Teotihuacan, 1905-1910” y consta de cuatro capítulos. El primero, “El valle y la ciudad prehispánica de Teotihuacan”, se divide en dos apartados. “El valle de Teotihuacan” es el primero de ellos y brinda al lector algunos rasgos generales respecto a la ubicación y las características del subvalle de Teotihuacan perteneciente al valle de México y la influencia de este ecosistema natural en el desarrollo y el apogeo de la cultura teotihuacana en la ciudad prehispánica, tema que se aborda en el segundo apartado, denominado “La ciudad prehispánica de Teotihuacan”.

En el capítulo II, “Aproximaciones, visitas y exploraciones previas en Teotihuacan” se explica que, a pesar del abandono de la ciudad antigua, ésta fue objeto de diversos tipos de atención, que van desde la veneración de los aztecas y la curiosidad de los viajeros y exploradores hasta las expediciones científicas emprendidas desde el siglo XVII por viajeros, científicos y arqueólogos. La gran mayoría de ellos coincide en la importancia histórica y cultural de la civilización teotihuacana, y han aportado descripciones del sitio arqueológico y específicamente de las pirámides, información de gran valor actual. Cabe señalar que el interés central de este capítulo es dar noticia de cómo fue conocido y entendido este sitio por quienes se aproximaron a él, considerando el contexto histórico-arqueológico en el que se produjeron los testimonios. En el primer apartado se abordan los textos de carácter histórico, subdivididos en “Textos de tradición indígena”, “Crónicas coloniales y descripciones de viajes” e “Historiadores del siglo XIX”.

En el segundo apartado del capítulo II se tomaron en cuenta textos cuyo contenido reflejarán el avance de la disciplina de la arqueología como una ciencia por derecho propio. De esta manera, los testimonios arqueológicos desvelan el interés por lo antiguo, lo sagrado, lo curioso y, finalmente, de manera cada vez más clara, por el conocimiento científico. Empero, enfatizo que estas incursiones

en la zona fueron episódicas. Tendría que desarrollarse la arqueología como ciencia en México y fortalecerse el Estado para dar paso a la expedición de 1905-1910 y su gran trascendencia para diversos aspectos del trabajo arqueológico, desde las nuevas técnicas de excavación, pasando por el florecimiento del trabajo arqueológico académico y la política estatal respecto a la actividad arqueológica y el salvamento del patrimonio cultural.

En el capítulo III, “Trabajos de exploración (1905-1910)”, desarrollo el tema central del trabajo: la historia de la exploración, restauración y consolidación de la Pirámide del Sol y algunos otros monumentos a lo largo de la calzada de los Muertos durante los cinco años que duraron los trabajos. El primer apartado, “Preludio: la exploración de 1884-1886”, aborda la expedición previa a Teotihuacan hecha por Leopoldo Batres, la cual cimentó el prestigio de este arqueólogo y lo hizo acreedor al nombramiento de inspector de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana en 1885, así como de jefe de la exploración teotihuacana de 1905-1910. El segundo apartado, “La exploración de 1905-1910”, da cuenta de las exploraciones y los hallazgos realizados; el logro de dicho objetivo requirió obras de infraestructura de igual magnitud que los trabajos de exploración. Es el caso del ferrocarril, tema del tercer apartado titulado “La construcción del ferrocarril”. Con el fin de acarrear la enorme cantidad de escombros, producto de una acumulación de siglos, fue necesaria la construcción ex profeso de un ferrocarril.

La introducción del capítulo IV: “Conflictos durante la exploración”, describe los problemas de diversa índole por los que atravesó la exploración en Teotihuacan. La naturaleza de los trabajos implicó el contacto con funcionarios de los tres niveles de poder: federal, estatal y municipal, así como con representantes de sectores productivos como hacendados, pequeños propietarios o simples particulares. Todos estos grupos eran portadores de intereses diversos que entraron en conflicto con Leopoldo Batres y el proyecto de exploración de la zona arqueológica de Teotihuacan. En el primer apartado, “Batres contra los propietarios de terrenos”, abordo uno de los conflictos más importantes que enfrentó el arqueólogo: la resistencia que presentaron los propietarios de terrenos de común repartimiento que estaban dispersos en la zona arqueológica. Fue necesario un decreto de expropiación para formar el perímetro de dicha zona. Le dedico un espacio considerable al tema debido a varias razones: *a)* la importancia que revistió la discusión del concepto de propiedad de los vestigios arqueológicos contra el de usufructo, reivindicada por ambos bandos y que ganó el gobierno federal, hecho que permitió reafirmar el papel protagónico del Estado mexicano en los proyectos arqueológicos subsiguientes y en la protección del patrimonio cultural; *b)* la problemática socioeconómica que representaba el sector de pequeños propietarios y que se reflejó en la enconada resistencia a deshacerse de sus tierras, de las cuales recibían el sustento diario, y *c)* la irregularidad respecto a las indemnizaciones a los propietarios, que fue uno de los factores que coadyuvaron a la caída en desgracia de Batres y su autoexilio a Barcelona, ya en plena Revolución mexicana; a pesar de todos los obstáculos, se formó la zona arqueológica de Teotihuacan, tema del segundo apartado, “Formación



de la zona arqueológica de Teotihuacan”. En este se hace mención a la conversión del espacio de particulares ocupado por los vestigios arqueológicos en una zona de jurisdicción federal, motivo que generaría una gran disputa de Batres en contra de los propietarios de terrenos en dicha zona.

Siguiendo el orden de los acontecimientos, finalizados los trabajos y resuelto el problema con los propietarios, la zona arqueológica fue inaugurada el 10 de septiembre de 1910. El tercer apartado, “Inauguración y huellas de la expedición arqueológica”, se divide en dos subapartados; en el primero de ellos se reseña la inauguración de la zona arqueológica, y en el segundo me ocupo del impacto que la presencia de don Leopoldo y su equipo tuvo en Teotihuacan luego de cinco años de permanencia del campamento de trabajo en la zona.

La segunda gran parte del trabajo lleva como título “Después de la exploración 1905-1910: polémica y reflexión”, compuesta por los capítulos v y vi. El capítulo v, “Batres contra los especialistas”, rescata algunas controversias entre don Leopoldo y otros arqueólogos que criticaron su trabajo; dichas discusiones se insertan en el contexto de la historia de la arqueología como ciencia, lo que permite realizar algunas reflexiones respecto a sus avances y retrocesos y cómo éstos se reflejan en los aciertos y errores de los arqueólogos de aquella época. Este capítulo lo conforman dos apartados: “El guerrero enamorado de la arqueología” brinda una semblanza biográfica del arqueólogo Leopoldo Batres, jefe de la expedición en Teotihuacan, con el objeto de situarlo en su tiempo y circunstancia. Personaje controvertido, Batres fue conocido como “el arqueólogo oficial del Porfiriato” y recibió el cargo de inspector general de Monumentos Arqueológicos en 1885, el cual antes no existía en México y cuya función principal era supervisar todos los aspectos relativos a los monumentos y el patrimonio arqueológico mexicano. El trabajo de don Leopoldo fue extenso, casi no hubo zona arqueológica en México que no hubiera visitado y trabajado, por lo que fue pionero en muchos proyectos arqueológicos. En el segundo apartado, “Las controversias de don Leopoldo”, explico cómo la labor de Batres en Teotihuacan (amén de otros sitios) suscitó la polémica con varios arqueólogos notables; en el primer subapartado se da noticia de la polémica sostenida con Manuel Gamio e Ignacio Marquina, y en el segundo, la que entabló con Alfredo Chavero; en ambas se destaca que tuvieron lugar en el contexto del desarrollo de la arqueología como una disciplina científica en nuestro país. Asimismo, se hace notar que la polémica Leopoldo Batres-Alfredo Chavero ilustra varios aspectos del antagonismo entre grupos en el contexto de la práctica concreta de la labor arqueológica, si bien en las dos últimas décadas del siglo xx y en la actualidad la labor de Batres ha comenzado a verse de manera más objetiva. Por ejemplo, en la obra del arqueólogo Roberto Gallegos, *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán*, aparece por vez primera el manuscrito de la defensa que Batres hace de sus trabajos en 1925 o 1926 (año de su muerte). Gallegos comenta que este documento revela la importancia de las contribuciones de don Leopoldo, negadas hasta casi finales del siglo xx. Asimismo, Víctor Hugo Bolaños reivindica al “arqueólogo del Porfiriato” desde la pers-

pectiva de la crítica en contra del presentismo científico¹ y su negación de los paradigmas pasados a favor de los actuales, basado en la teoría de la ruptura de paradigmas de Thomas Khun (Bolaños, 2007). Consideramos que Leopoldo Batres merece una revisión profunda de sus contribuciones –trabajo que no se emprenderá en esta investigación– y una reivindicación en la historia de la arqueología mexicana, ya que en su tiempo nuestro arqueólogo gozó de la consideración de algunos colegas, pero también padeció la animadversión de un grupo numeroso de arqueólogos y académicos. Pero, controversias aparte, la expedición de 1905-1910 fue el acontecimiento clave que permitió abrir el camino a las exploraciones a gran escala en monumentos arqueológicos mexicanos con apoyo del gobierno federal, el del Estado de México y algunos municipios.

En el capítulo VI, “Historia, arqueología, nacionalismo y patrimonio cultural: a propósito de Teotihuacán”, se vierten varias reflexiones y explicaciones que pueden ayudar a entender el gran apoyo político, económico y logístico que se otorgó al proyecto arqueológico teotihuacano y su impacto en la historia de la arqueología y el patrimonio cultural mexicanos. De este modo, se desarrollan tres procesos, de los que hablamos en tres apartados respectivos: 1. “La producción de historia”, que se manifiesta en la memoria pública en torno a la celebración de las fiestas del centenario de la independencia de México (publicaciones, exposiciones, fotografías, monumentos), así como en el uso y control de dicha memoria pública por parte del aparato político porfirista. 2. “Relación entre el nacionalismo y la arqueología”, que se inició en la segunda mitad del siglo XIX y fue seguida por los ideólogos positivistas. De este modo, la arqueología, apoyada por el régimen porfiriano, fue la disciplina encargada de develar al mundo los tesoros arqueológicos prehispánicos mexicanos –como los teotihuacanos– y sus colecciones de objetos; la interpretación de los vestigios y los objetos, apoyada en fuentes históricas, sirvió para crear y desarrollar la identidad nacional basada en la raíz originaria de los pueblos indios prehispánicos de México. Otro elemento a destacar fue el desarrollo de una concepción del patrimonio cultural, el naturalista, el cual juzgaba los vestigios arqueológicos únicamente por lo que tenían en sí mismos, sin contemplar el contexto sociohistórico que los produjo; pero es importante señalar que el Estado porfirista y sus instituciones culturales se hicieron cargo de ese patrimonio nacional; fue entonces cuando se sentaron las bases del proyecto arqueológico mexicano, cuya continuidad no se ha interrumpido. 3. “Relación entre arqueología, museografía y protección del patrimonio cultural” aborda el impacto de la consolidación de la arqueología como una ciencia en el ámbito de la museografía y el patrimonio cultural mexicano. Uno de los postulados de la arqueología en el porfiriato era la investigación de campo, complementada con los vestigios materiales, mismos que permitían el acercamiento a verdades científicas respecto de las sociedades pasadas. Este postulado derivó en dos aspectos importantes: el desarrollo museográfico y la protección del patrimonio cultural encontrado en los sitios arqueológicos. Pero fueron el des-

¹ Este concepto alude al anacronismo de llevar al pasado criterios actuales bajo los cuales se presume la caracterización de una práctica científica.



cubrimiento y la consolidación de los monumentos arqueológicos de Teotihuacan los que tuvieron un importante papel en el desarrollo de la actividad museística y en el establecimiento de las bases jurídicas para la protección del patrimonio cultural.

Las conclusiones giran en torno a las reflexiones que se han suscitado a lo largo de los capítulos, pero se centran especialmente en el contenido del capítulo VI. Me concentro en tres elementos: la concepción positivista de la arqueología, la modernización en el Porfiriato y su relación con el concepto de nacionalismo, y la identidad nacional.

El trabajo se enriqueció con dos apéndices. El primero incluye dos cuadros de datos sobre los propietarios afectados por la expropiación del gobierno federal para formar la zona arqueológica en 1907. El segundo apéndice muestra datos sobre el presupuesto solicitado y el ejercido para los trabajos emprendidos entre 1905 y 1910.

Para la realización de los seis capítulos que conforman este trabajo se consultaron diversas fuentes: archivísticas, bibliográficas, hemerográficas y fotográficas, así como recursos electrónicos. Se recopiló información de primera mano, extraída del Archivo General de la Nación, el archivo personal de Leopoldo Batres, la Colección Porfirio Díaz, el Archivo General de Notarías del Estado de México y los archivos municipales de San Juan Teotihuacan y Texcoco. Si bien no es un documento de archivo, quiero destacar el texto de Roberto Gallegos ya citado, en el que se pueden consultar documentos de gran valía, varios de ellos recopilados en archivos. En cuanto a las fuentes bibliográficas fue necesario acudir a una amplia gama de textos arqueológicos e históricos de diversa naturaleza: estudios monográficos, artículos especializados, ensayos, tesis de grado, crónicas, memorias, etcétera. Las fuentes hemerográficas se refieren básicamente a los periódicos de la época, los cuales brindaron información importante respecto al proceso de exploración y la actitud del gobierno, así como respecto a la sociedad mexicana y a los extranjeros que visitaron el sitio. En cuanto a los recursos electrónicos, la mayoría se refirió a diversidad de temas arqueológicos a cargo de especialistas como Daniel Schávelzon, quienes permitieron obtener datos y reflexiones críticas y novedosas respecto a la historia de la arqueología y el quehacer arqueológico en México. Mención aparte merecen las fotografías incluidas en el trabajo, la mayor parte proveniente de la Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) –con sede en Pachuca, Hidalgo– y las pertenecientes a otros fondos, como el de la serie de fotografías tomadas en el sitio durante los trabajos de las exploraciones. Un grupo de fotografías procede del fondo Casasola. Este material posee un objetivo más amplio que el de únicamente ilustrar; son documentos históricos que nos hablan del contexto físico, histórico y sociocultural y simbólico que da marco al proyecto arqueológico de 1905-1910 y aportan una visión más profunda del mismo; por lo tanto, constituyen una fuente indispensable para desarrollar y explicar los temas abordados en nuestro trabajo.

PRIMERA PARTE

LA EXPLORACIÓN DE
TEOTIHUACAN,
1905-1910



CAPÍTULO I

EL VALLE Y LA CIUDAD PREHISPÁNICA DE TEOTIHUACAN

Los recursos hídricos, el potencial agrícola, los recursos minerales, la posición privilegiada del valle como paso de rutas comerciales, fueron condiciones para el desarrollo urbano de Teotihuacan.

López Austin y López Luján, 1996c.



En el primer apartado de este capítulo describimos algunos aspectos físicos del valle de Teotihuacan: la situación geográfica, el clima, la orografía, la hidrografía, el régimen pluvial, elementos que conformaron un ecosistema con base en el cual, durante 800 años, se desarrolló una economía que permitió la emergencia de la civilización teotihuacana, cuyo centro fue la ciudad de Teotihuacan, a la que dedicamos un segundo apartado. Este centro urbano dejó una huella política, religiosa, artística e ideológica que sería la dominante en el altiplano, tanto durante el florecimiento como después de la desaparición de la ciudad sagrada (Moragas y Sanabria, s/f: 11). Los edificios, ejes urbanos y áreas habitacionales ubicadas en el centro citadino serían, siglos después, parte del área conocida como zona arqueológica de Teotihuacan.

EL VALLE DE TEOTIHUACAN

El valle de Teotihuacan, considerado como una subdivisión del Valle de México, se localiza entre los 2 250 y los 2 850 m.s.n.m. Está situado al noreste del lago de Texcoco (Matos, 2009: 30) y se extiende sobre una superficie aproximada de pradera de 165 km² (Delgado, 2008: 12-13). Según el sistema de clasificación de Köppen, el clima es templado, con lluvias moderadas que se inician durante el mes de mayo con una precipitación media anual de 592 mm durante los 80 días de lluvia en



promedio; con un invierno seco no riguroso y una temperatura que oscila entre los 3°C (la más fría) y los 18°C (Nolasco, 1962: 24-25).

Los sistemas orográficos que limitan la Cuenca del Valle de México fueron originados por movimientos eruptivos en el Cenozoico medio y en el periodo contemporáneo, de los cuales resultaron formaciones volcánicas, aluviales y lacustres que se formaron hace aproximadamente 40 millones de años. Las planicies delimitadas por las serranías, que estuvieron cubiertas por las aguas de extensos lagos, constan ahora de capas muy espesas de origen lacustre de material arcilloso con caliche y de productos de los volcanes, actualmente las aguas se reducen a unos cuantos lagos dispersos, alimentados por arroyos que descienden de las sierras (Nolasco, 1962: 31).

La orografía se conforma por una pequeña cordillera formada por varios cerros que limitan el semivalle de Teotihuacan; al norte el Cerro Gordo; al oeste los cerros Trigo, Tompiatli, Tepetzáyotl, Tecuahutitlan, Tezompa y el Malinalco; al sur San Agustín, Zacualucan y el Patlachique. Todos estos cerros tienen un origen volcánico, como ya se indicó, por lo tanto la zona contaba con yacimientos de andesitas, basaltos y sobre todo obsidiana, material de múltiples usos en la producción de objetos e instrumentos elaborados por los teotihuacanos. También están las canteras de Xometla, Metepec y Hueyapan, que proveían de rocas volcánicas diversas. Cerca de Teotihuacan se encontraron importantes yacimientos de obsidiana; el de mayor cantidad de este material está ubicado en el cerro de las Navajas –en territorio del actual estado de Hidalgo– al norte de la ciudad de Teotihuacan, y le sigue el que se localiza en Otumba (Matos, 2009: 30).

El sistema hidrográfico del valle de Teotihuacan consiste en varios ríos que surten de agua a los poblados de la región. Destaca el río San Juan, que tuvo gran importancia para el florecimiento de la gran cultura teotihuacana. El río San Juan nace en el Valle de Otumba y penetra en el de Teotihuacan por la Barranca de los Muertos. Los ríos que contribuyen a su caudal son, hacia el norte, los de Atlatongo, Alamayo y San Martín, que recogen los escurrimientos del Cerro Gordo y del Malinalco. Cerca de la cabecera municipal se reciben aguas del arroyo de Tlatlachichimamitl y Ojos. El río hace su salida por la barranca de Maquixco. Debido a la permeabilidad del fondo del valle, que se forma de lava, brotan numerosos manantiales como los de la cabecera municipal llamada Puxtla (antes barrio de Puxtla). En suma, el ecosistema del valle de Teotihuacan fue muy favorable para el florecimiento de la cultura teotihuacana.¹

La importancia del sistema hidrográfico dio pie a la “hipótesis de las áreas verdes” formulada por el arqueólogo Eduardo Matos a partir de la pregunta ¿cómo surgió una ciudad como la teotihuacana? Para contestarla, Matos destaca la importancia del agua para un pueblo agrícola, el cual contaba en sus inmediaciones con asentamientos de agua corriente todo el año, cuyos distribución y uso eran controlados rigurosamente. En este sentido, Saburo Sugiyama explica que en una ciudad

¹ Este medio favorable permitió la proliferación de fauna como lechuza, gavián, águila, guajolote silvestre, palomas y especies no procedentes del altiplano como el quetzal; otras especies animales como conejo, vendado, liebre, coyote, perro, puma y jaguar; fauna acuática como caracoles y conchas, procedentes de la costa (Matos, 2009: 31).

como Teotihuacan, muy poblada, con una planificación rigurosa, compuesta de vastas estructuras monumentales y algo así como 2 000 complejos de apartamentos residenciales, debieron haber existido varios tipos de organizaciones institucionales que administraban la vida urbana, incluido el manejo del agua. Dicha posible institución estableció dos medidas: la canalización ordenada de los desagües y una canalización en gran escala del río San Juan que se integraron al sistema de red, el cual persistió bajo el control del gobierno a través de la historia de la ciudad (Sugiyama, 2005: 2).

Lauro González y Jesús Evaristo Sánchez caracterizan la formación socioeconómica teotihuacana por el manejo, “presumiblemente estatal”, de los recursos hidráulicos de cuanta fuente de agua se dispuso en su momento histórico. Esta situación permitió al Estado teotihuacano la independencia

del sistema pluvial y la creación de un modo productivo específico con el cual generó riqueza social y expansión en tierras nuevas cuando había condiciones adversas. González Quintero y Sánchez llegan a afirmar que la explotación de los recursos hidráulicos de la parte meridional de la Cuenca de México, por parte del Estado teotihuacano, eclipsa el sistema socioeconómico de dicho Estado (González y Sánchez, 1991: 375).

El aprovechamiento de los manantiales hacía suponer la existencia de mano de obra para la canalización del agua y la construcción de parcelas, las cuales se enriquecían con el lodo proveniente de los canales excavados en la zona húmeda. Ésta es una de las formas que revisten las chinampas. Un control adecuado del recurso acuífero y de la tierra da como resultado un área de alta producción agrícola. Esto pudo haber ocurrido en Cholula y Teotihuacan (Matos, 2009: 32). A este respecto, Linda Manzanilla explica que el sistema de manantiales existentes en el barrio de Puxtla, en San Juan Teotihuacan, pudo haber dado lugar a un sistema de “chinampas secas” (Manzanilla, 1995, t. ii: 145-146). Pero según Matos el crecimiento de la población y la expansión de la ciudad hicieron insuficientes tales técnicas. Se hizo necesario contar con nuevas tierras, más el tributo impuesto a los pueblos conquistados, parte del cual consistía en productos cosechados. En la fase Tzacualli tardía se cultivaba maíz, alegría o amaranto, frijol, calabaza, tomate y chile; también tuna, quelite, epazote, huahzontle, verdolaga y aguacate. En la fase Tlamimilolpa tardía aparece el cultivo del algodón; en



Panorámica del valle de Teotihuacan.
A la izquierda la Pirámide del Sol.
Fotografía: Fundación Acervo
Leopoldo Batres.





la Xolalpan tardía el amate, la jícara y el huizache. Se considera que el cultivo era principalmente de temporal, especialmente en la llanura aluvial baja.

En suma, en Teotihuacan existió un sistema agrícola-hidráulico que funcionó desde la fase Miccaotli (150-250 d.C.), si bien no se descartan el cultivo de temporal, el terracedo ni los productos de recolección, caza, pesca y comercio. Sin embargo, el florecimiento de la economía del clásico mesoamericano en conjunto no estaba solamente en función directa del progreso de la agricultura, “sino que también incide la interrelación de varias esferas como comercio, tecnología y organización sociopolítica” (González y Sánchez, 1991: 368-369).

A pesar del increíble volumen de la producción de alimentos, la producción artesanal, manifestada en el trabajo de la piedra y la cerámica, dio a Teotihuacan el auge económico y el carácter de ciudad artesanal; existen diversos

indicadores de las distintas fases de producción de la cerámica: la materia prima, instrumentos de trabajo, moldes, hornos, pulidores, punzones; la obsidiana en primer lugar y luego los productos cerámicos se distribuyeron en muchas regiones de Mesoamérica (López Austin y López Luján, 1996c: 109).

Eduardo Matos puntualiza los factores que permitieron a Teotihuacan convertirse en una ciudad cuya influencia sería



muy importante en distintas regiones de Mesoamérica: “La [...] existencia de manantiales, un poder centralizado dentro de un Estado incipiente, un ambiente favorable para la explotación de materias primas indispensables para la fabricación de instrumentos y otros productos, una organización social, política y religiosa fuertemente organizada” (Matos, 2009: 34).

Vista del valle de Teotihuacan. Al fondo la Pirámide de la Luna. Inv. 362190. Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

Vista aérea de la Pirámide del Sol *c.a.* 1950. Fotografía: Compañía Mexicana de Aerofoto, tomado de Marquina, 1951.

La vista de estos monumentos ha despertado siempre en mí multitud de encontrados sentimientos. Ya se atiende a la época remota de su construcción; ya se refiere a la nación desconocida y misteriosa que los levantó, y a que no ha dejado conocida su historia, más que esta página escrita con montones de tierra; ya se considere el sinnúmero de acontecimientos que en los siglos de su edad han tenido cabida y pasaron a sus pies sin dejar rastro, ni servir de provecho a la humanidad. No ha llamado menos mi atención el inmenso trabajo cumplido por el pueblo constructor para llevar a cabo su obra; les fue preciso excavar, remover y colocar una suma inmensa de materiales; buscarlos a largas distancias, prepararlos y darles la forma apetecida para ser empleados, gastar tiempo, paciencia, trabajos y sudores sin cuento, para venir cargados de algunas leguas a dejar sobre la creciente altura un puñado de tierra sin valor alguno comparado con la labor rematada. Padecimientos, dolores, lágrimas malgastadas supuesto que todo ello no fue bastante a salvar del olvido el nombre de los arquitectos, o la memoria del dios o del magnate en cuyo culto u honra fueron hechos.

Ramón Almaraz, 1997.

Teotihuacan es una palabra de la lengua náhuatl que significa literalmente “lugar de endiosamientos”. Eduardo Matos explica que los grupos que se asentaron en el Valle de México, después de 750 d.C., cuando la ciudad ya había sido abandonada, vieron esparcidos restos de escultura y cerámica y percibieron la existencia de calles y calzadas. La arquitectura de estas construcciones “seguía un orden rígido, de modo tal que la simetría y las rítmicas repeticiones de los elementos ratifican la idea de que la ciudad terrenal era una réplica del arquetipo divino” (López Austin y López Luján, 1996a: 110). Al admirar esas cualidades arquitectónicas y no saber quién había construido la ciudad, los grupos recién llegados la atribuyeron a los dioses, por lo que el significado de la ciudad sería “lugar donde nacen los dioses”, pues los pueblos asentados ahí atribuyeron a Teotihuacan haber sido el lugar de la creación del Quinto Sol y del hombre. Otro mito anterior al del Quinto Sol, que también tuvo lugar en Teotihuacan (la Tollan originaria), caracteriza a la ciudad como lugar sagrado, cuyo soberano, Quetzalcoatl, fue llamado Señor de la Estrella o Señor del Alba al haberse convertido en la estrella del alba después de que, como dios, tuvo contacto íntimo con Quetzalpétatl (Moragas y Sanabria s/f: 2; Séjourné, 1994: 21-23).² En el periodo clásico

² El significado de Teotihuacan en lengua náhuatl es la “ciudad de los dioses”, “el lugar donde los hombres se convierten en dioses”.

en Mesoamérica (200-650/750 d.C.),³ floreció la magnífica civilización teotihuacana, misma que desarrolló un gran centro urbano planificado, la ciudad de Teotihuacan, conocida en la actualidad como la “zona arqueológica de Teotihuacan”, que abarca el área central de la ciudad antigua, adaptada en tiempos modernos para su visita pública y su gestión a cargo del gobierno federal. Enclavada en el valle del mismo nombre la ciudad se localiza en la región nororiente de la Cuenca de México. Se encuentra situada entre los 19° 39' y 19° 45' de latitud norte y los 98° 55' y 98° 45' de longitud oeste. Las coordenadas UTM⁴ donde se ubica son: UTM14Q, 2 164 000-2 184 000 m.N y 509 000-535 000 m.E (Delgado, 2008: 12).

René Millon afirma que la ciudad no excedió los 8 km de este a oeste (Delgado, 2008: 12). Hacia el este colinda con el valle de Otumba, cuya frontera con Teotihuacan es un levantamiento de terreno ubicado entre el Cerro Gordo y el de Cuahatlatingo. Los poblados principales donde se encontraba el sitio arqueológico a principios del siglo xx eran: al norte la hacienda de Cerro Gordo, el rancho de Ostoyahualco y el pueblo de San Martín de las Pirámides; al este el pueblo de San Francisco Mazapa; al sur los pueblos de Santa María Coatlán y San Sebastián, y la hacienda de Tlajinga; y al oeste la villa de San Juan Teotihuacan y el pueblo de Maquixco (Gamio, 1979, t.1: XIII). Además de los barrios de Purificación, Santa María Coatlán y los ranchos La Palma y la Ventilla. Los poblados mencionados están actualmente entre los municipios de San Juan Teotihuacan y Otumba.

La ubicación de Teotihuacan se derivó de la posición privilegiada del valle, en la ruta más accesible entre la costa del Golfo: la Cuenca de México y la cercanía del sistema lacustre de Texcoco. En la zona teotihuacana ya existían otros asentamientos aparte del de Teotihuacan: Tlapacoya, Copilco, Terremote y Cuicuilco, los cuales se situaron en las fases Cuananlan y Tezoyuca, entre los años 500 y 100 a.C. (Matos, 2009: 30). En los primeros años del desarrollo de la ciudad, el centro político y cultural estaba situado en Cuicuilco, ciudad ubicada al sur de la Cuenca de México (Moragas y Sanabria, 2007: 12). No se sabe a cier-



Vista parcial del Valle de Teotihuacan con las pirámides del Sol y la Luna antes de la expedición de 1905-1910. Inv. 350210. Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

³ Los límites cronológicos del periodo clásico pueden variar dependiendo del área. En el centro del país se calcula entre 200-650/750 d.C., mientras que en el sureste de México es de 292-810/909 d.C. (López Austin y López Luján, 1996a: 114).

⁴ Por sus siglas en inglés (Universal Transverse Mercator), Sistema de Coordenadas Universal Transversal de Mercator.

ta ciencia el origen de las poblaciones que habitaron Teotihuacan; unos investigadores las identifican con las culturas del Bajío y el occidente de México y otros con gente de filiación otomí, que luego se mezcló con grupos de distintas procedencias; Jorge Angulo afirma que los pobladores más antiguos pudieron haber sido otomíes y popolocas (Angulo, 1997: 144). Se especula que los teotihuacanos hablaban una forma arcaica del náhuatl o el náhuatl totonaco; otros investigadores afirman que, durante el periodo clásico, coexistían los grupos lingüísticos yutonahuas y otopameanos (Manzanilla, 1995, t. II: 144-145).

El desarrollo urbano de la ciudad atravesó varios periodos llamados fases. En la fase Tezoyuca-Patlachique (150 a.C.-1 d.C., según Millon, 1973; 300-100 a.C. según Sanders y otros autores, 1979; fase Miccaotli, 150-250 d.C., según Matos, 2009), se registra un crecimiento demográfico en la Cuenca de México, el cual desemboca en la consolidación y expansión del centro urbano de Cuicuilco y el de Teotihuacan. En esta fase se han identificado dos pueblos de 4 km²

cada uno. En uno, situado al norte, se edificaría la gran ciudad sagrada; en el otro se trazaría el área ceremonial y la Calzada de los Muertos (Matos, 2009: 30). Cuicuilco alcanza una cifra aproximada de 20 000 habitantes y una extensión de 400 hectáreas, cifras que reflejan el máximo esplendor de aquella ciudad. Sin embargo, Teotihuacan registra un aumento explosivo; los cálculos de los estudiosos van de los 5 000-10 000 a los 25 000-30 000 habitantes (Covgill, 1974: 382-385; Millon, 1973: 31), concentrados en las áreas noroeste, centro y oeste de la ciudad. Concentraciones más



Muestra de figuras teotihuacanas en barro y piedra. Inv. 350187 Sinafo-INAH.

Magníficos ejemplares de alfarería teotihuacana. Inv. 360567. Sinafo-INAH.





Representación de un jugador del juego de pelota. Inv. 360629. Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

Vestigios materiales de la cultura teotihuacana. Figurillas de barro. Inv. 361349. Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

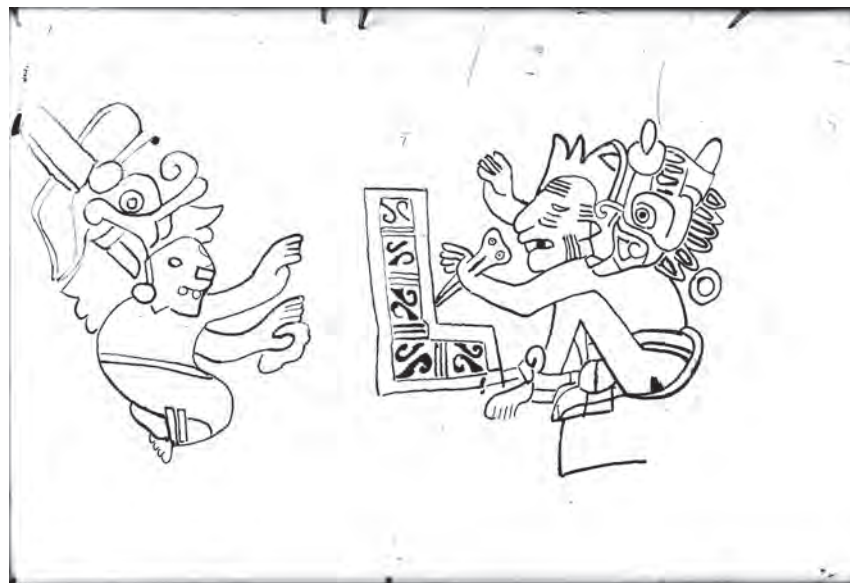
pequeñas se sitúan en los lugares donde después se alzaría la Ciudadela, al centro y sur del núcleo urbano (Cowgill, 1992: 91). Es ésta una fase de pleno desarrollo urbano de la ciudad, a lo largo de la cual empieza la construcción de las pirámides de la Luna y el Sol, que se sitúa entre los años 100 a.C. y 100 d.C. (González y Sánchez, 1991: 366).

En esta fase la ciudad ocupa ya una superficie que rebasa los 6 km² (Cowgill, 1974: 382-383; Millon, 1973: 31), quedando dividida en cuatro grandes cuadrantes, o “barrios”, cuyo centro o eje rector es la Ciudadela, de la cual partían las calzadas este y oeste, que se cruzaban con la Calzada de los Muertos. De este modo, el centro de la ciudad se desplazó hacia el sur de la Pirámide del Sol. Tanto la Ciudadela como la Pirámide del Sol están rodeadas por una enorme plataforma, que seguramente fue la base de una serie de edificios. La Pirámide del Sol y el Templo de Quetzalcoatl, o de la Serpiente Emplumada, están orientados hacia el Poniente. Elementos de estas edificaciones se encuentran asociados con el agua y la fertilidad, entre otras (Matos, 2009: 43). Ciertamente, el agua desempeñaba un papel crucial en el desarrollo de la ciudad para los cultivos intensivos que alimentaban a cerca de 30 000 personas. El aseguramiento de cierto porcentaje de alimentos para la población permitió el desenvolvimiento de actividades distintas de las agrícolas como la elaboración a gran escala de productos cerámicos, líticos y artesanales, y probablemente de la industria de la obsidiana (Cowgill, 1992: 91). Es éste un periodo

importante en el ámbito político, pues existe la rivalidad entre Cuicuilco y Teotihuacan, que surge como la ciudad dominante (González y Sánchez, 1991: 366).

Durante la fase Tzacualli-Xolalpan –entre los siglos IV-VI (400-600; fase Xolalpan, 450-650, según Matos, 2009)– se despliega el esplendor de la ciudad de Teotihuacan. Se estableció un patrón urbano fijo y se implantaron las características arquitectónicas de los edificios. La estructura urbano-

espacial fue rigurosamente planeada y se estableció la orientación de los edificios, que se encuentra a 15° 30' al este del norte astronómico (Millon, 1973: 53). El proceso de crecimiento urbano alcanza los 20 km², los cuales abarcan el centro ceremonial de la ciudad, constituido por la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna y el Templo de Quetzalcoatl en su fase temprana de construcción. Se fija el eje de la calzada de los Muertos y la avenida Este-Oeste (Millon, 1973: 53-54). Moragas y Sanabria afirman que a partir del siglo IV (fase Tlalmimilolpa) Teotihuacan está en plena fase de expansión; la ciudad adquiere la forma con la que se conoce en la actualidad, definida por los grandes ejes urbanísticos. Se registra un crecimiento urbano con la sustitución de las construcciones percederas que se encontraban en la periferia del centro urbano (Moragas y Sanabria, 2007: 16). Pero también la influen-



cia de la ciudad se expande al exterior. En efecto, a través de elementos arquitectónicos y objetos diversos, la cultura teotihuacana llega a muchos lugares de Mesoamérica: la arquitectura con talud y tablero, los braseros, los vasos trípodes, cerámica del grupo anaranjado, navajillas de obsidiana, etcétera (Moragas y Sanabria, 2007: 16). Matos afirma que hay evidencia de que la ciudad tenía ya relación con varias regiones mesoamericanas como Oaxaca, la costa del Golfo (Matos, 2009: 58).

Si bien el crecimiento físico se restringió a 22 km², la población siguió en aumento, y llegó a los 65 000 habitantes (Matos, 2009: 59). Los estudiosos han elaborado diversas hipótesis respecto al auge poblacional de la ciudad. Para Millon, llegó población que fue instada a reubicarse en el núcleo urbano. Cowgill sostiene que la fase Tzacualli se debe a un crecimiento continuo que venía de la fase anterior relacionado, quizá, con un mayor control de los recursos cercanos por una clase sacerdotal en ascenso, lo cual llevaría a considerar Teotihuacan como un centro religioso a lo largo y ancho de Mesoamérica (Cowgill, 1992: 101). Las construcciones percederas ceden a edificaciones perennes ubicadas en los alrededores del centro del núcleo urbano (Moragas y Sanabria, 2007: 16). En suma, a lo largo de los siglos IV al VI Teotihuacan fue la gran metrópoli del altiplano mexicano: cristaliza el modelo urbano planificado, y van en aumento la cantidad y la densidad de población. La estructura urbana compleja es el reflejo de una sociedad estratificada, distribuida en conjuntos arquitectónicos y en barrios que, al parecer, tenían una estructura corporativa. Estaban habitados por artesanos altamente especializados en cerámica, lítica, lapidaria, pigmentos, cal. Algunos conjuntos habitacionales como Tetitla, Yahualala, Zacuala, Atetelco, Tepantitla, Xolalpan, Tlalmimilolpa, La Ventilla, Teopancazco, etcétera, se iniciaron en fases anteriores, pero continúan creciendo en la fase Xolalpan (Moragas y Sanabria, 2007: 17; Matos, 2009: 59).

Hacia el año 500 d.C., la población llegó a un máximo de crecimiento (aproximadamente 125 000 habitantes) a raíz de la migración de las áreas rurales, que decrecieron notablemente, aunque la

Representación de artesanos teotihuacanos. Inv. 350188. Sinafo-
INAH, Pachuca, Hidalgo.



superficie de la ciudad se redujo 2 km. Como consecuencia, la fuerte concentración demográfica afectó la estructura de los centros residenciales.

El tipo de organización política en Teotihuacan es motivo de polémica. Como lo explica Linda Manzanilla, existen dos posiciones al respecto: una de ellas se inclina por un solo gobernante, sobre todo en las primeras fases de desarrollo de la ciudad (Millon, Cabrera, Cogwill y Sugiyama) y la otra posición –misma que comparte la propia Linda Manzanilla– considera que el poder se ejerció más bien como un cogobierno colectivo (Manzanilla, Paulinyi y Paztory). Manzanilla también explica que la clase sacerdotal tuvo “un papel central” en Teotihuacan dado que era una ciudad sagrada y centro de peregrinación (Manzanilla, 2002: 4).

Otra hipótesis es la de Leonardo López Luján:

[...] a diferencia de las unidades políticas del clásico maya, que se componían de grupos relativamente uniformes e integrados en torno a gobiernos de linaje, Teotihuacan debió de haber ejercido sobre su propia población un dominio de índole territorial. Es decir, la clase gobernante no pudo ejercer el poder sobre su propia población basado en la tradicional estructura de parentesco, más bien, encima de todos los linajes de la ciudad se colocó una élite gobernante, que pudo haber sido uno de los tantos grupos de linajes que se impuso a los otros o una asociación colegiada compuesta por miembros de cada uno de dichos grupos. El poder de esta élite debió de haber residido en la representación de un dios territorial, cuyos poderes englobarían los de las deidades del linaje (López Luján y López Austin, 1996b: 115).

La última fase del clásico teotihuacano fue Metepec (650-759 d.C.). En este periodo se nota una decadencia en algunas de las expresiones culturales teotihuacanas, básicamente la cerámica y la arquitectura. La extensión de la ciudad se redujo a unos 20 km² y la población decreció a unos 70 000 habitan-

tes. Matos considera una última fase de la ciudad, la fase Oxtotípac (750-850 d.C.), que se caracteriza por la abrupta disminución de la población, la cual se calcula entre 2 000 y 5 000 habitantes. La ciudad fue abandonada y quemada, a pesar de lo cual se han encontrado evidencias de ocupación humana después de la caída de Teotihuacan; en el frente 1 de La Ventilla, al sur del conjunto, se encontraron vestigios de ocupación Coyotlatelco, un tipo de material cerámico perteneciente a un



Pirámides del Sol y la Luna y monumentos a lo largo de la calzada de los Muertos, *c.a.* 1930. Reprografía de la autora.

momento inmediatamente posterior al abandono de la ciudad⁵ (Matos, 2009: 63-68).

Varias teorías han tratado de explicar la decadencia de Teotihuacan:

1. La teoría invasionista, que guarda ciertas coincidencias con la descripción de Matos sobre la fase Oxtotípan (sin que ello implique que Matos se afilie a dicha teoría). Esta teoría afirma que, efectivamente, hay indicios de que el centro de la ciudad fue incendiado y saqueado por grupos externos y se registró la aparición de un complejo cerámico nuevo: el Coyotlatelco. Esta postura se originó desde el siglo XIX y fue abandonada por Manuel Orozco y Berra y por Alfredo Chavero. El primero atribuye a los toltecas el ataque a



los teotihuacanos. Chavero también suponía que fueron los toltecas refugiados en Teotihuacan quienes impusieron en la ciudad nuevos cultos en torno al sol y la luna (Gallegos, 1997: 151-160).

Varios estudiosos del siglo XX cambiaron esa perspectiva. La identificación de materiales cerámicos coyotlatelcos en la ciudad y sus afueras dio pie a la teoría sobre grupos bárbaros del norte asociados al grupo cerámico coyotlatelco. Wigberto Jiménez Moreno apoyó la tesis de las invasiones de bárbaros del norte, pero sin poder identificar la causa exacta del colapso de Teotihuacan. En suma, se ha defendido la tesis de las invasiones de toltecas y chichimecas, complementada con el estudio de las zonas nortteñas, que muestran que hubo desplazamientos de habitantes de pueblos en la época del colapso teotihuacano y movimientos de chichimecas en etapas posteriores al mismo (Moragas y Sanabria, 2007: 25). Algunos estudiosos especulan que quizá se trató de nómadas otomianos cazadores-recolectores que habitaban al norte del valle o de grupos marginales (toltecas o chichimecas)

⁵ Moragas y Sanabria comentan que Leopoldo Batres fue el primer arqueólogo en afirmar –basado en evidencias arqueológicas– que Teotihuacan “sufrió una fuerte crisis que terminó con la cultura teotihuacana, en algún momento del siglo VI-VII d.C.”. La hipótesis de Batres fue respaldada por los arqueólogos Pedro Armillas, Ignacio Bernal y René Millon (Moragas y Sanabria, 2007: 24).

Vista aérea de las Pirámides del Sol y la Luna y monumentos a lo largo de la calzada de los Muertos en donde se puede apreciar el avance de la mancha urbana. En *Un paseo por Teotihuacan*, presentación digital.



poderosos que protegerían a los teotihuacanos, que impusieron su cultura a los habitantes originales de Teotihuacan. Si bien hay prueba de asentamientos en Teotihuacan, esta teoría ha sido matizada últimamente; de modo que sin descartar la presencia de grupos invasores, varios factores internos – como las crisis económicas, agrícolas o ideológicas– pudieron haber incidido en el colapso de Teotihuacan (Moragas y Sanabria, 2007: 25).

2. Las teorías políticas. Una de ellas es la del surgimiento de nuevos centros de poder rivales, como Xochicalco, Cacaxtla o Tula al comienzo del epiclásico. Esta situación pudo haber tenido como consecuencia la supresión de las rutas comerciales de Teotihuacan, lo que quizá derivó en problemas muy graves para el abasto de la ciudad y, por ende, para la calidad de vida de sus habitantes. Otra de estas teorías habla de rebeliones campesinas en contra de la clase dirigente. Una más, defendida por René Millon, se refiere al posible desgaste de la clase gobernante enfrentada a la exigencia del grupo militar, que disputaba el poder a la clase sacerdotal (Matos, 2009: 138-142).

Matos añade a los anteriores otro planteamiento y señala que en el centro de México se dieron claros ejemplos de que la relación de explotación entre opresores y tributarios se resolvió con la alianza de los pueblos sojuzgados, quienes lograron derrotar a sus opresores. Abundando, ante la inestabilidad y el antagonismo entre las clases poderosas es que los oprimidos y explotados por dichas clases lograron imponerse. Tal como aconteció en Tula, la cual vivió la inestabilidad interna de los dos grupos dominantes –toltecas y chichimecas–, misma que aprovecharon los pueblos sujetos a Tula, entre ellos los aztecas, para levantarse en contra de la ciudad, incendiarla y destruirla. Ése pudo haber sido el caso de Teotihuacan (Matos, 2009: 142-144).

3. Las teorías medioambientales. Los investigadores que favorecen estas teorías atribuyen el colapso de Teotihuacan a la destrucción de la actividad agrícola, las lluvias irregulares, la deforestación y el crecimiento desmedido de la ciudad.⁶ Estos dos últimos procesos han gozado de cierta popularidad entre los estudiosos. Mooser defiende esta propuesta según la cual la sobrepoblación excedió la capacidad de carga del territorio inmediato de la ciudad, lo que la hizo menos autosuficiente. Los teotihuacanos deforestaron y erosionaron gradualmente los bosques, los cuales hacía unos 2 000 años atrás, formaban parte de la vegetación protectora que rodeaba el valle de Teotihuacan. Pero, a partir del asiento de la cultura teotihuacana se hizo un uso intensivo de los recursos forestales, lo que determinó su destrucción casi completa; la pérdida de masa forestal tuvo consecuencias, pues alteró el equilibrio ecológico y el ciclo de lluvias; por tanto, se afectaron las cosechas y empezó a darse una dependencia creciente de alimentos importados, lo cual repercutió en la caída del nivel de vida (Mooser, 1968; 37).⁷ Siglos después, el ecosistema no parece haberse recuperado (Tapia, 1979: 85; García del Cueto, 1999: 33).⁸ Sin embargo, Emily McClung considera que no hay

⁶ Los estudiosos que propusieron inicialmente esas teorías fueron José Luis Lorenzo, René Millon, Ángel Palerm y Erick Wolf (Moragas y Sanabria, 2007: 26).

⁷ Citado por Moragas y Sanabria, 2007: 26.

⁸ En la actualidad, tanto el río como los manantiales se encuentran en proceso de erosión; por tanto, la calidad del suelo ha variado notablemente. El uso cada vez más intensivo de los bosques por los pueblos asentados en el valle no ha

evidencias contundentes que permitan pensar en una causa ecológica para la caída de Teotihuacan. Ciertamente hay evidencias de que en el periodo epiclásico –inmediatamente después de tal decadencia– se incrementó la humedad en el valle a pesar de que, a nivel local, la zona semiárida tuvo mayor humedad y el sector húmedo estuvo más seco. La explicación de estos fenómenos residiría en el abandono del sistema agrícola y el descuido en el mantenimiento de la zona de riego y de terrazas, ambas dependientes de la lluvia de temporal (McClung, 2003: 41).

A pesar de la decadencia y el colapso de Teotihuacan, René Millon argumenta que aunque la ciudad no volvería a tener importancia como centro religioso de primer orden, en cierto modo sí lo tuvo porque fue punto de referencia para los posteriores moradores. De esta forma, desde la perspectiva de Millon, la destrucción de Teotihuacan no se debió solamente a los propios teotihuacanos, sino que quienes contribuyeron a ella quisieron despojar a la ciudad de su carácter religioso y político. Empero –explica Millon–, si la determinación de acabar con Teotihuacan fue política, en su forma tuvo un carácter más bien ritual. En efecto, Alfredo López Austin y Leonardo López Luján advierten que la influencia omnipresente de la civilización teotihuacana fue la que desapareció, pero no la ciudad en sí. Teotihuacan siguió siendo la urbe más importante de la cuenca y el centro de México en el epiclásico, es decir, entre 750 y 950 (fases Xometla y Oxtotípac) (Millon, 1988: 155; López Austin y López Luján, 1996b: 165). Asimismo, Moragas y Sanabria advierten que la ciudad no sufrió un abandono total:

Teotihuacan nunca fue abandonada del todo, aunque el modelo cultural que se desarrolló durante los siglos I a.C.-VII d.C. desapareció y fue sustituido por otras culturas que [habitaron] la ciudad. A diferencia de otros procesos culturales, las significativas estructuras de la Pirámide del Sol y de la Luna nunca fueron sistemáticamente desmanteladas y, aunque vaciadas de su significado original, formaron parte de un nuevo imaginario colectivo [y fueron] readaptadas a las nuevas concepciones y necesidades de los grupos dominantes [...] (Moragas y Sanabria, 2007: 3).

permitido su recuperación, sino que se ha recrudecido el proceso de deforestación. Este proceso ha cambiado el sistema hidrológico del valle y alterado el microclima. La erosión contribuyó también a despojar al valle de gran parte de su capa vegetal, con la consiguiente degradación de los suelos. Así, la flora y la vegetación se han modificado a causa de la escasez progresiva de la precipitación pluvial. Cada vez son más escasos los bosques en las zonas altas, donde florecen apenas encinos y árboles latifoliados de hoja caduca y en donde, en alguna época, proliferaron las coníferas y sus formas asociadas. Pero la tendencia es que la región se convierta progresivamente en un desierto.



Templo de las Mariposas, Teotihuacan. Foto: Luis Alberto Martínez López.





En efecto, el periodo clásico representa la influencia de la ciudad de Teotihuacan en los ámbitos económico, político e ideológico de otros grupos. Después del abandono de este centro urbano, ocurrido aproximadamente hacia el año 650 d.C., las ruinas de Teotihuacan eran veneradas por los aztecas, que al no saber quiénes las habían construido, las atribuyeron a los dioses; por esta razón llegaban a ellas en peregrinaciones para orar y celebrar ritos cada 20 días (Delgado, 2008: 13). Teotihuacan es incorporado como parte consciente del proceso de conformación y desarrollo del creciente poder mexica, sobre todo a partir del reinado de Itzcoatl (1428-1440). Es probablemente durante el posclásico tardío que Teotihuacan se “construye” bajo la denominación azteca de la Pirámide del Sol, de la Luna, la calzada de los Muertos, cuyas designaciones responden más a un modelo de la cosmovisión mexica que teotihuacana (Moragas y Sanabria, 2007: 3).

Los aztecas ubicaron en Teotihuacan uno de sus mitos principales: el nacimiento del Quinto Sol. Los testimonios que sustentan esta aseveración son las peregrinaciones mencionadas; también el relato del mito en distintas fuentes, como la “Leyenda de los Soles” (incluida en el *Códice Chimalpopoca*). En suma, por medio de los mitos, los aztecas buscaron la ansiada relación con la ciudad de los dioses. El trazo de la ciudad de Teotihuacan fue copiado por los aztecas, es decir, los cuatro cuadrantes o barrios principales, los templos con talud y tablero, algunas pinturas que recuerdan ciertos elementos teotihuacanos; igualmente esculturas, como la del dios viejo que imita la figura encontrada en Teotihuacan (Matos, 2008: 14).

Asimismo, los lugares donde están asentados los vestigios arqueológicos constituyeron centros políticos, económicos y poblacionales del valle de Teotihuacan. En la época colonial perduraron con la calidad que conservan hasta el presente. De este modo, la cabecera de San Juan Teotihuacan fue el asentamiento urbano más importante del área, varios pueblos estaban sujetos a dicha cabecera. San Juan fue sede del gobierno indígena tradicional, donde residía la alta nobleza; además fue el centro de recaudación de tributos y centro de concentración de mano de obra. En San Juan residió también el cacicazgo indígena de la familia Verdugo Quetzalmamatzin Huetzin, que se mantuvo hasta 1821, cuando se fraccionó entre los descendientes del último cacique. Latifundistas no indígenas absorbieron las

Aspecto del paisaje desértico en el entorno de la zona arqueológica de Teotihuacan. Inv. 359611, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

propiedades. La posición social de nobleza hereditaria de los terratenientes indígenas se eclipsó cuando desapareció el sistema de tutelaje de la autoridad virreinal (Munch, 1976: 43).

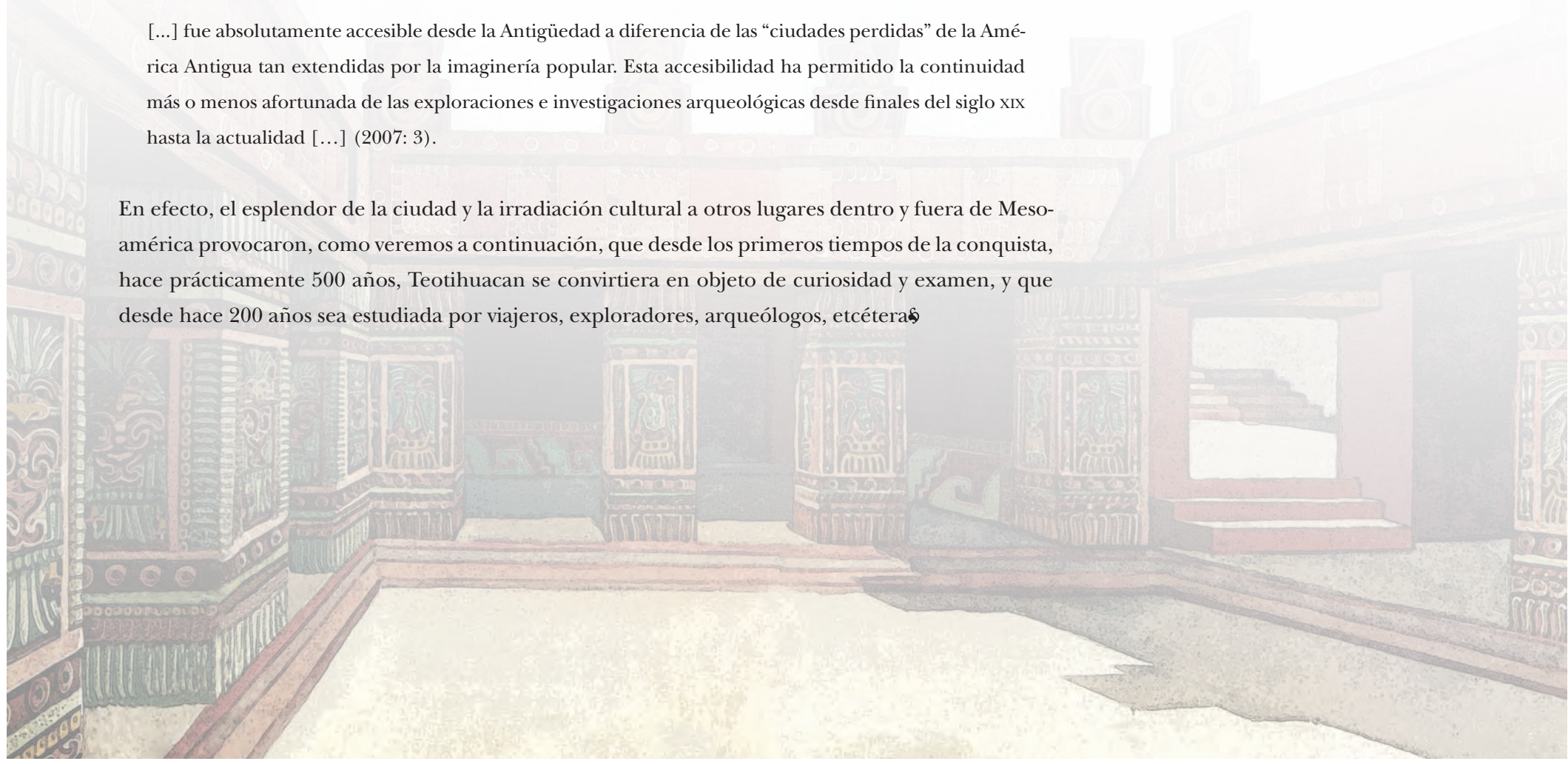
En los siglos XVI y XVII, el pueblo de San Martín Obispo dependió de la cabecera de San Juan Teotihuacan. En 1744 pasó a ser un pueblo independiente, aunque siempre fungió como cabecera, y tenía como sujetos a los barrios de San Francisco Mazapa, San Andrés Oztoyahualco, San Antonio Tlacateopan y San Pedro Tecpancingo. Ya en el siglo XIX formó parte del distrito de Otumba. En 1902 el pueblo cambió su nombre por el de San Martín de las Pirámides (Gamio, 1979, t. 3: 387), seguramente por el éxito y fama que empezaba a tener debido a las exploraciones preliminares que se habían hecho ahí y, sobre todo, la de 1905-1910. Ya en 1918, San Martín de las Pirámides asumió la categoría de municipalidad. La probable prosperidad que trajo la apertura de la zona arqueológica pudo haber sido un factor para elevar el rango a este poblado.

En cuanto a San Francisco Mazapa y Oztoyahualco, el primero fue barrio del pueblo de San Martín Teyacal durante el periodo colonial; ya en el siglo XIX pasó a depender de la municipalidad de Otumba, pero en 1918 regresó a la jurisdicción de la municipalidad de San Martín. Oztoyahualco era una ranchería cuya conformación se remonta a la época prehispánica; fue agregada al barrio de San Martín bajo el nombre de San Andrés Oztoyahualco. El poblado sufrió diversos movimientos de población, como la congregación de los indios en el pueblo de San Martín. Posteriormente, el lugar experimentó poblaciones y despoblaciones (Gamio, 1979: 384, 385, 387).

En otro orden de cosas, como lo explican Natalia Moragas y Alejandro Sanabria, contrario a otras ciudades, Teotihuacan:

[...] fue absolutamente accesible desde la Antigüedad a diferencia de las “ciudades perdidas” de la América Antigua tan extendidas por la imaginaria popular. Esta accesibilidad ha permitido la continuidad más o menos afortunada de las exploraciones e investigaciones arqueológicas desde finales del siglo XIX hasta la actualidad [...] (2007: 3).

En efecto, el esplendor de la ciudad y la irradiación cultural a otros lugares dentro y fuera de Mesoamérica provocaron, como veremos a continuación, que desde los primeros tiempos de la conquista, hace prácticamente 500 años, Teotihuacan se convirtiera en objeto de curiosidad y examen, y que desde hace 200 años sea estudiada por viajeros, exploradores, arqueólogos, etcétera.





CAPÍTULO II

APROXIMACIONES, VISITAS Y EXPLORACIONES PREVIAS EN TEOTIHUACAN

¡Cuántas reflexiones hace brotar en los espíritus contemplativos aquella multitud de ruinas, término de los esfuerzos de pueblos y monarcas!

Manuel Rivera Cambas, *Viaje a través del Estado de México (1880-1883)*.



El proyecto arqueológico de Teotihuacan desarrollado en el periodo 1905-1910 estuvo precedido por diversas aproximaciones y reconocimientos de la ciudad sagrada cuyo resultado fue el cúmulo de material de investigación procedente de diversos acervos bibliográficos y documentales de viajeros, frailes, científicos, exploradores, artistas, arqueólogos e historiadores, producto de las grandes etapas en las que se divide la historia de la arqueología teotihuacana, mismas que están enmarcadas en los procesos evolutivos de la arqueología como ciencia. Como lo explica el siguiente argumento (resumido) del arqueólogo Ignacio Bernal:

[Los vestigios] materiales [y documentales] pueden verse a la luz del proceso de construcción de la arqueología como ciencia, mismo que inicia con un interés por los vestigios del pasado, el cual pasó por distintas etapas, cualitativamente diferentes y no forzosamente sucesivas: el interés por lo antiguo, lo sagrado, lo curioso, lo exótico y, finalmente, por el conocimiento científico (Bernal, 1979: 7-8).

En este apartado nos interesa destacar cómo conocieron y entendieron el sitio arqueológico de Teotihuacan quienes se aproximaron a él, considerando el contexto histórico en el que los testimonios se produjeron. De acuerdo con la estructura propuesta en la importante antología sobre Teotihuacan



que realizaron el arqueólogo Roberto Gallegos y otros autores (Gallegos *et al.*, 1997: 24),¹ abordamos tres tipos de testimonios históricos: los textos de tradición indígena, las crónicas coloniales y las descripciones de viajeros, y los textos de los historiadores del siglo XIX.² De acuerdo con la clasificación que Bernal hace de la evolución de la arqueología, en estas fuentes nos encontramos con el interés y la curiosidad por la antigüedad de los monumentos así como por lo exótico que pudieron parecerles a los frailes novohispanos o a los viajeros extranjeros.

En cuanto a los textos arqueológicos, su contenido refleja el avance de la disciplina de la arqueología como una ciencia por derecho propio. En este sentido, en los testimonios de los visitantes de

Teotihuacan se refleja el interés por lo antiguo, lo sagrado, lo curioso, lo exótico y, finalmente, por el conocimiento científico. Aclaramos que solamente se abordarán algunos testimonios, que se han incluido en la subdivisión propuesta por Gallegos y otros titulada “Precursores de la arqueología”, compuesta de varios textos de estudiosos que emprendieron investigaciones científicas en Teotihuacan con anterioridad a la exploración arqueológica de 1905-1910.

TEXTOS HISTÓRICOS

Textos de tradición indígena

Como lo explican Natalia Moragas y Alejandro Sanabria (2007), la historiografía de Teotihuacan se reescribe en el momento en que esta cultura colapsa. Fuentes de tradición indígena se ocuparon de la ciudad vista como un espacio

sagrado. Según Gallegos, estas fuentes se produjeron “conservando de la manera más fiel el pensamiento, los conocimientos y la cosmovisión del mundo mesoamericano anterior a la conquista”. Como ya se explicó anteriormente, Teotihuacan tuvo un lugar preponderante en las tradiciones de las culturas nahuas que habitaban el altiplano central (Gallegos *et al.*, 1997: 25). Según el *Códice Chimalpopoca*, fue en la ciudad sagrada de Teotihuacan donde los dioses se reunieron para crear un nuevo sol (el quinto) que alumbraría a la nueva humanidad. Fray Bernardino de Sahagún también

¹ Para leer los testimonios históricos desglosados citados en la antología, véase el índice de la misma.

² Existe una cuarta subdivisión que corresponde a los textos sobre la *posesión y propiedad de las pirámides de Teotihuacan*, algunos de los cuales hemos incluido en el capítulo IV de este trabajo.



La calzada de los Muertos en Teotihuacan está hacia la parte inferior del mapa. El monte verde a la izquierda inferior representa la Pirámide de la Luna; una Pirámide del Sol verde invertida está en el centro de la calle. *Mapa de San Francisco Mazapan (Teotihuacan)*; Tinta en amate, ca. 1700-1767. Newberry Library: Vault oversize Ayer MS 1907.

recogió el mito del quinto sol en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*.³ Existen otras fuentes de tradición indígena de gran importancia para el estudio de la historia prehispánica y, por supuesto, de Teotihuacan.⁴

Crónicas coloniales y descripciones de viajeros

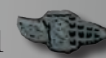
Cuando ocurrió la conquista, la ciudad llevaba mucho tiempo sepultada por la maleza y la vegetación así que los conquistadores no la conocieron. Sin embargo, en el transcurso de la época colonial emergió una nueva forma de visualizar Teotihuacan; atrás quedó su carácter sagrado y el interés se centró en las monumentales edificaciones de la ciudad y en su fama, testimoniadas por viajeros provenientes de diversos lugares y tiempos (Gallegos *et al.*, 1997: 26). En este sentido, durante los primeros 150 años del periodo virreinal no se efectuaron exploraciones ya fueran con fines anticuarios o científicos. Se registraron, no obstante, descripciones, muchas de ellas magníficas, de sitios, monumentos y objetos (Bernal, 1979: 44-45), que se insertaron en el corpus que formó parte de la historiografía colonial del siglo XVI, la cual se refiere básicamente a un bien conocido conjunto de crónicas religiosas escritas durante aquella época. Como explica Adriana Pérez Soto, estas crónicas

fueron el primer intento por poner la historia de los pueblos indígenas dentro de los parámetros de la historia universal. El esquema explicativo de las primeras obras históricas sobre el México precolombino fue fundamentalmente religioso y excluyente [...] por más que otros aspectos culturales fueran aceptados y hasta elogiados, la idolatría era una mancha demasiado densa (Pérez, 1999: 10-11).

En efecto, a pesar de admirar los monumentos prehispánicos, los frailes mendicantes asentados en Teotihuacan, tanto franciscanos como dominicos, mostraron una perenne inquietud respecto a los vestigios arqueológicos, sobre todo por el simbolismo que esos monumentos podrían poseer para la población indígena, sujeto de la evangelización de los frailes. No en balde los poblados cercanos a las pirámides recibieron nombres cristianos: San Martín de las Pirámides, situado muy cerca de la Pirámide de la Luna; San Francisco Mazapa, muy cercano a la pirámide del Sol (Gallegos *et al.*, 1997: 173).

³ Los siguientes textos de tradición indígena están recogidos en la antología de Roberto Gallegos *et al.* (1997: 61-66): *Códice Chimalpopoca*, *Anales de Cuauhtitlan* y *leyenda de los soles*, introd. trad. y notas de Primo Feliciano Velázquez, México UNAM (Primera Serie Prehispánica I, 1975, 162 pp.; Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introd., paleog., glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, 2 vols. México, CNCA-Alianza Editorial (Cien de México), 1989, vol. II, pp. 479-482 y 672-673.

⁴ Estas otras fuentes son: Ixtlilxóchitl, 1985: 294, donde se describe el paso de los chichimecas por Teotihuacan. Este mismo pasaje lo describe Sahagún (1981: 672-673); Clavijero (1987, XXVII: 50-51) introduce un capítulo: "Apoteosis del Sol y la Luna". Otros autores abordaron el tema de los toltecas y su relación con Teotihuacan, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1985, I: 272-273), aborda los "Relatos de los Toltecas"; fray Juan de Torquemada (1975, I: 55-56, 381), "Toltecas"; Mariano Veytia, en "De los antiguos reyes toltecas" (1944: 167), varió e introdujo a los totonacas como fundadores de Teotihuacan; empero, Manuel Orozco y Berra, apoyado en evidencia arqueológica, inicia el cuestionamiento sobre el papel de los toltecas en la fundación de Teotihuacan, seguido por otros como Manuel Gamio y Eduard G. Seler.



En sus testimonios los frailes denostaron la “idolatría” que se practicaba en Teotihuacan, pero no ignoraron el avance cultural de los teotihuacanos, que se manifiesta en la grandiosidad de los monumentos. Fray Gerónimo de Mendieta⁵ hizo una primera y breve descripción de los monumentos, a los que llamó templos:

[...] junto al pueblo de Teotihuacan hay muchos templos o teucales de éstos, digo las plantas de ellos o cepas, y en particular uno de mucha grandeza y altura, y en lo alto de él está todavía tendido un ídolo de piedra que yo he visto, y por ser tan grande no ha habido manera para lo bajar de allí y aprovecharse de él.

Fray Juan de Torquemada proporcionó una admirada visión de los grandiosos edificios que componían la ciudad teotihuacana, a los que, como Mendieta, también calificó como “templos”:

Lo que sabré afirmar en esto, es que estos Indios de esta Nueva España tenían dos Templos de grandísima altura y grandeza, edificados a seis leguas de esta Ciudad [de México] junto a San Juan Teotihuacan, que le cae a esta ciudad a la parte del norte y dedicados al sol y a la luna, los cuales estaban apartados de poblado y lo están ahora, aunque no en mucha distancia y alrededor de ellos hay otros asientos de otros que pasan de más de dos mil; por lo cual se llama aquel lugar Teotihuacan, que quiere decir Lugar de Dioses. Qué fundamento hayan tenido los antiguos en haberlos edificado allí, no lo sé; pero es fácil de creer que pues el intento de otros idólatras era fundar templos y casas al sol y a la luna en los campos y fuera de poblado, por ser sus efectos tan claros y conocidos, que al mismo sería el de estas gentes, pues la fuerza de su poder no se les abscondía [*sic*] y como a poderosos les respetaban y les daban nombre de dioses.

Sahagún, gran estudioso de las culturas prehispánicas, estableció la relación del mito del quinto sol con las pirámides así como la función de éstas como monumentos mortuorios:

[A los dioses] se les edificó una torre, como monte; en los mismos montes [los dioses] hicieron penitencia cuatro noches, ahora se llaman estos montes Tzaqualli [y] están ambos cabe el pueblo de San Juan que se llama Teotihuacan. [...] Allí también se enterraban los principales y señores, sobre cuyas sepulturas se mandaban hacer túmulos de tierra, que hoy se ven todavía los hoyos donde sacaron las dichas piedras o peñas de que se hicieron los túmulos; y los que hicieron al sol y a la luna, son como grandes montes edificados a mano, que parecen ser naturales y no lo son.

⁵ Las citas y menciones sobre las descripciones de historiadores y de viajeros acerca de Teotihuacan, aparecen en las siguientes obras: Sahagún, 1981: 259; Torquemada, 1975: 138; Clavijero, 1985: 247-248; Gemelli Carreri, 1976: 128-130; Boturini Benaducci, 1745: 42-43; Humboldt, 1878: 91-92; Bullock, 1997: 95-99; Mayer, 1997: 102-109; Calderón de la Barca, 1976: 161-170; Chabrand, 1990: 137-140; Rivera Cambas, 1972: 147-156; Bancroft, 1882: 87.

El ciclo de los grandes cronistas del mundo prehispánico se cierra prácticamente en 1615 con las últimas obras de Herrera y Torquemada (Bernal, 1979: 45); en la obra de este último, *Monarquía indiana*, existen varios argumentos que reivindicaban la cultura indígena; Torquemada la presentó ascendiendo hacia el progreso; asimismo, equiparó la religión prehispánica a todas las religiones paganas de la antigüedad, que, aunque erradas en lo fundamental, obedecían las leyes espirituales naturales a todos los pueblos civilizados (cit. Pérez, 1999: 10). Pero entre 1615 y 1670, el mundo indígena y la conquista habían quedado atrás; en general, la Nueva España del siglo xvii dejó en segundo término al México antiguo (Bernal, 1979: 45), hasta que don Carlos de Sigüenza y Góngora resucitó ese pasado. En su artículo “La primera excavación arqueológica de América: Teotihuacán en 1675”, Daniel Schávelzon se pregunta: “¿Cuándo realmente nace la arqueología, en América Latina? ¿Quién realizó los primeros trabajos de excavación sin objetivos de lucro?, e incluso más aún: el que esta excavación haya sido para demostrar una hipótesis previa a la que no quede más remedio y que los resultados de ese trabajo hayan perdurado, y hayan sido incluidos de alguna manera en el pensamiento de su época o posteriores” (Schávelzon, 1983: 122). La respuesta de Schávelzon a esta última pregunta es: don Carlos de Sigüenza y Góngora (Schávelzon, 1983: 122-123). Veamos en qué contexto realizó el gran científico novohispano su exploración en Teotihuacán.

La revalorización de las culturas prehispánicas –la cual comenzó a tener lugar desde finales del siglo xvii y lo largo del xviii– fue un proceso directamente vinculado con un interés patriótico de un grupo novohispano específico: los criollos, que buscaban una identidad de raza y clase, volteando la mirada al pasado indígena, como signo de pertenencia a una patria nueva, diferente de España (Pérez, 1999: 10; Delgado, 2008: 72).

Varios intelectuales novohispanos utilizaron las “antigüedades” para reivindicar a la Nueva España frente al desprecio y las calumnias de los escritores europeos. Para este propósito se enlazaron los vestigios de la cultura material con el discurso histórico. La reivindicación del pasado prehispánico tuvo como objetivo rescatar y preservar los restos de la cultura prehispánica, que se constituyó en una fuente de identidad criolla. El más alto representante de este movimiento protonacionalista fue Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), criollo, hijo de españoles y el sabio más importante de su época. Escritor, historiador, cosmógrafo, artista y novelista, Sigüenza no tenía solamente un interés académico, sino el deseo de exaltar las herencias prehispánica y española, entrelazándolas para demostrar que juntas formaban la patria. En suma, se trata de exaltar la naciente nacionalidad mestiza.



La Pirámide de la Luna y la calzada de los Muertos antes de las obras de restauración en 1908. Reprografía tomada de *Historia general ilustrada del Estado de México*, vol. 5, El Colegio Mexiquense-Gobierno del Estado de México.



En este contexto, la exploración de Teotihuacan formó parte del proyecto que buscaba encontrar las raíces prehispánicas y –como primero lo afirmó Ignacio Bernal y luego lo confirmó Daniel Schávelzon– fue la primera expedición arqueológica en América, más antigua que la de Thomas Jefferson, a la cual se le atribuía ser la pionera en el continente. En 1675, las exploraciones de Sigüenza en la Pirámide de la Luna iniciaron las investigaciones francamente arqueológicas en el centro ceremonial (Bernal, 1979: 48-49). Según Ignacio Bernal, Sigüenza “trató de utilizar un monumento para esclarecer algún problema histórico. En esa ocasión, don Carlos hizo excavaciones en las inmediaciones de la Pirámide de la Luna, intentando establecer una conexión entre Quetzalcoatl y santo Tomás de Aquino”.

Pero, según Schávelzon, la excavación del túnel que Lorenzo Boturini (testimonio citado más adelante) atribuye a Góngora en la Pirámide del Sol, fue hecho en la Pirámide de la Luna. En posteriores estudios basados en los de Sigüenza (perdidos actualmente), específicamente en el trabajo de Lorenzo Boturini, se menciona que la Pirámide del Sol se encontraba “hueca” y que tenía una tumba en el centro (Bernal, 1979: 47-48). Lo mismo repitió Humboldt, que no visitó Teotihuacan. A este respecto, Schávelzon afirma que Boturini estaba equivocado, pues en realidad se trataba de la Pirámide de la Luna, donde Sigüenza hizo un túnel que fue visto por viajeros y científicos como Brantz Mayer, William Holmes o Antonio García Cubas. El túnel se mantuvo intacto hasta el siglo xx, y al ignorarse de qué se trataba, fue cubierto en 1924. Lo trascendental de este trabajo de Góngora es que, antes del advenimiento de la Ilustración en Nueva España, un investigador instauró el método experimental con la hipótesis de que aquellos montículos cubiertos de tierra en Teotihuacan eran construcciones antiguas y realizadas con un motivo específico (Schávelzon, 1983: 123-124).

La curiosidad respecto a los vestigios arqueológicos –tanto en Europa como en Nueva España– fue en aumento, lo que atrajo visitantes extranjeros. Así, las apreciaciones de Sigüenza y Góngora perduraron con mayor o menor fortuna en los trabajos de viajeros y eruditos de la talla de Giovanni Francesco Gemelli Careri (1708: 118-121), que plasmó su impresión sobre Teotihuacan en su libro *Giro del Mondo*, (Moragas y Sanabria, 2007: 4). En efecto, a finales del siglo xvii, Gemelli hizo una descripción de las pirámides del Sol y de la Luna. Esta última la compara con las de Egipto:

[...] vimos primeramente la llamada [pirámide] de la Luna, situada al Septentrión, dos de cuyos lados medían doscientas varas españolas, que son cerca de seiscientos cincuenta palmos y los otros lados ciento cincuenta varas [...] a decir verdad no era más que un montón de tierra hecho a gradas, como las pirámides de Egipto, pero las de Egipto son de piedra dura [...] Alrededor se ven varios montecillos hechos a mano que se considera fueron sepulcros de señores. Pasamos luego hacia el mediodía para ver la Pirámide del Sol, llamada Tonatiuh, distante doscientos pasos de la mencionada [Pirámide de la Luna], medidos dos lados los encontramos de 300 varas, pero los otros dos lados [tenían diferente medida]. [...] La fábrica de estas pirámides se atribuye a los olmecas, segundos pobladores de la Nueva España, venidos de aquella isla Atlántida de que habla Platón en su Timeo [...] ningún historiador de los indios



ha sabido investigar el tiempo de la erección de las pirámides, pero don Carlos de Sigüenza las considera antiquísimas y en poco posteriores al diluvio. Si es cosa cierta que allí donde ellas están hubo anteriormente una gran ciudad, como se advierte por las extensas ruinas [que hay] alrededor, y por las grutas, tanto naturales como artificiales, por la cantidad de montecillos que se cree que fueron hechos en honor de los ídolos. Uno de ellos es llamado *tonalli ihuetzia* que significa caída del sol.

En su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*,⁶ Lorenzo Boturini, un erudito italiano que viajó a México y, entre otras cosas, nos legó una mirada de la ciudad sagrada en la cual destaca el conocimiento astronómico de los teotihuacanos, cita la exploración hecha por don Carlos de Sigüenza y Góngora:

Quedan todavía en la ciudad de San Juan Teotihuacan, siete leguas distantes de México, dos testimonios indisputables de su “ruidoso” culto. Véanse en su inmediata campiña dos altos cerros fabricados a mano. El uno se llama Tonatiuh Itzaqual, que quiere decir casa dedicada al Sol y es de mayor tamaño en comparación del otro dedicado a la Luna. Su edificio es de cuatro altos, que van a la cumbre en declinación y son símbolos de las cuatro estaciones del año y de los cuatro caracteres de los calendarios indianos. En el último alto, que hacía función de pedestal, estaba colocada aquella grande estatua del sol, que tenía en el pecho una cuadrada lámina de preciosos metales, en la que reverberaban los rayos de este luminoso planeta al momento que nacía. Llamábase el simulacro Tonacatecutli, dios del sustento o dios de nuestras carnes [...] Era este cerro en la antigüedad perfectamente cuadrado, encalado y hermoso y se subía a su cumbre por unas gradas que hoy no se descubren, por haberse llenado de sus propias ruinas y de la tierra que le arrojan los vientos, sobre la cual han nacido árboles y abrojos. No obstante estuve yo en él y le hice por curiosidad medir, y si no me engaño es de 200 varas de alto. Asimismo mandé sacarlo en mapa que tengo en mi archivo, y rodeándole vi que el célebre don Carlos de Sigüenza y Góngora había intentado taladrarle, pero halló resistencia. Sábese que está en el centro vacío, que tanto suena el vocablo Iztaqual. Al lado siniestro de dicha Casa del Sol se halla la de la Luna, aunque de menor tamaño y se llama Meztli Itzaqual, esto es, casa de la Luna, y alrededor se descubren los vestigios de varios montecillos todos fabricados a mano y dedicados a las demás estrellas errantes [...].

En el siglo XVIII se dio el gran florecimiento de la conciencia criolla en Nueva España, que ya se planteaba la independencia de España. Uno de sus grandes representantes fue el sacerdote jesuita Francisco Javier Clavijero, quien continua con la tarea iniciada por Sigüenza y Góngora de desarrollar una conciencia y una identidad criollas frente a España, fundamentadas, principalmente, en la defensa y preservación de la cultura indígena prehispánica, propia de los habitantes originales de

⁶ Para Ignacio Bernal, este libro tiene un gran valor, pues el autor, adelantándose dos siglos a las teorías de Arnold Toynbee, hace un intento por colocar la evolución del México antiguo dentro del esquema de la historia universal, y tratar de investigar el problema de las civilizaciones (Bernal, 1979: 56).



México, la cual había sido destruida en parte por los conquistadores. En este sentido los vestigios teotihuacanos, que conservaron su fama a lo largo del periodo colonial, según lo consigna Clavijero, eran dignos ejemplos de la grandeza de las culturas mesoamericanas:

También subsisten hasta hoy los celebérrimos templos de Teotihuacán, una legua al norte de dicho lugar y siete al nordeste de México. Estos vastos edificios que sirvieron de modelo a los demás templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro a la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del sol tenía una gran concavidad en el pecho y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon de aquel metal y los ídolos fueron hechos pedazos por orden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado y aun quizá hay algunos todavía. La base o cuerpo inferior del templo del Sol tiene 120 toesas de largo y 86 de ancho y la altura de todo el edificio corresponde a su mole. El de la Luna tiene en la base 86 toesas de largo y 63 de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos y con otras tantas escaleras dispuestas como las del Templo Mayor de México; mas ahora no se descubren, por estar en parte arruinadas y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veían muchos montecillos, que según dicen, eran otros tantos templos, consagrados a diferentes planetas y estrellas y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosos fue llamado por los antiguos Teotihuacán.

Con Guillermo Dupaix –viajero enviado por el rey ilustrado Carlos IV “para descubrir los sitios donde hubiera ruinas antiguas, además de objetos, estatuas y otras cosas”– y el barón Alejandro de Humboldt se cierra la actividad de visitas y reconocimientos a sitios arqueológicos a finales del siglo XVIII y principios del XIX, periodo que verá nacer al México independiente (Bernal, 1979: 83-85). Una de las aportaciones a la arqueología americana por parte del barón Alejandro de Humboldt fue despertar el interés de los estudiosos europeos en los monumentos, objetos y códices prehispánicos. En uno de sus libros, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Alejandro de Humboldt compara las grandes pirámides teotihuacanas con las de Egipto:

El grupo de las pirámides de Teotihuacan se levanta en el Valle de México, al Nordeste de la capital y a 8 leguas de distancia de la misma, en una llanura que se llama Micoatl o “Camino de los Muertos”. Existen aun dos grandes pirámides en el grupo, dedicadas al Sol [Tonatiuh] y a la Luna [Meztli] y muchas otras pequeñas que rodean a las anteriores, formando calles exactamente dirigidas de Norte a Sur y de Este a Oeste. Uno de los dos teocalis mayores tiene 55 metros de elevación perpendicular, 44 el otro; y siendo la base de Tonatiuh Iztacal de 208 metros de largo [...] resulta de mayor altura que el Mycerinus [...] o casi igual a la de Cephren la longitud de su base. Las pequeñas que según tradición indígena servían de sepultura a los jefes de las tribus, apenas miden 9 o 10 metros de elevación [...].

Humboldt trajo a colación una discusión existente respecto a la autenticidad de los monumentos; existía la duda de si habían sido “enteramente contruidos por la mano del hombre o los toltecas se aprovecharon de alguna colina natural y la revistieron de piedra y cal”. La misma duda se tenía en torno a las pirámides de Gizeh y Sajah. Humboldt lamentaba que las pirámides teotihuacanas no hubieran podido ser horadadas debido a su diámetro, lo que hacía imposible hasta entonces conocer su estructura. La duda de Humboldt respecto a los autores de las pirámides de Teotihuacan –manifestada por Justo Sierra al arqueólogo Leopoldo Batres– se despejó con el descubrimiento de la Pirámide del Sol y otros vestigios durante la exploración de 1905-1910.

En el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, los vestigios teotihuacanos fueron cubiertos progresivamente por maleza, hierbas y vegetación y su memoria se hizo difusa entre la población mexicana, mas no para viajeros, científicos e historiadores como don Manuel Rivera Cambas. La existencia de Teotihuacan también era evidente entre los extranjeros que habían leído los libros de Humboldt y en los cuales se divulgaba el patrimonio americano, entre ellos madame Calderón de la Barca, Brantz Mayer, Émile Chabrand y el barón de Courcy, que nos legó una acuarela de las dos pirámides.

Entre los visitantes extranjeros destaca William Bullock, viajero inglés que escribió su aventura en Teotihuacan, en la cual describe lo difícil que fue para él dar con la ubicación de las pirámides. Por cierto, Bullock hace una rara referencia a un templo sobre la Pirámide del Sol:

A pesar de tener en mis manos esta descripción minuciosa sobre las pirámides [hecha por Humboldt] no pude obtener ningún dato sobre ellas en México. Algunas de las personas mejor informadas las habían oído mencionar, pero suponían que Humboldt había sido engañado y que su descripción se basó en rumores de personas que ni siquiera las conocían [...] todas las indagaciones que hice fracasaron y no fue sino hasta el



Barón de Courcy (François Mathurin Adalbert), *La Pirámide del Sol, Teotihuacán*, 1832, acuarela / papel, 21 x 27.9 cm. Colección Eduardo Uhart, París, Francia. Tomado de: Elías Trabulse, *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, Fomento Cultural Banamex, A.C., 1996, p. 100. Reprografía: Marco Antonio Pacheco/Raíces.





final del segundo día de viaje, exactamente al entrar a Otumba cuando nos encontramos frente a estas montañas creadas por el hombre, en el valle que se encuentra más allá del pueblo [...]. Primero visitamos la de la Luna, cuyos lados están bastante mutilados y derruidos [...] A una media milla de la pirámide de la Luna se encuentra la del Sol, apenas un poco más pequeña que la que está cerca de El Cairo y entre ésta y en la que estábamos parados, había cientos de pirámides más pequeñas, trazadas para formar una especie de calles regulares [...] [la pirámide del Sol] está construida con una argamasa roja ya dura, mezclada con grava. Al llegar a la cima encontramos una superficie plana, en la que hay un edificio de piedra de tamaño considerable que ahora está totalmente destruido.⁷

Historiadores del siglo XIX

El periodo convulso que va desde la Guerra de Independencia hasta la primera mitad del siglo XIX no fue muy propicio para el desarrollo de estudios arqueológicos, mucho menos para el trabajo de campo; sin embargo, el interés de los investigadores por la arqueología y por los monumentos teotihuacanos no decayó. De este modo, mucho de lo que se desarrolló en este periodo fue trabajo de gabinete. Aparecieron sociedades científicas, como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fundada en 1833; algunas universidades emprendieron la publicación de periódicos que incluían trabajos sobre arqueología. Historiadores de gabinete produjeron obras más o menos originales

⁷ Otro viajero, Brantz Mayer, afirmó que los monumentos no se podían describir sino como pirámides, a pesar de hacer notar que estaban cubiertos por completo de “densa vegetación de nopales” (Gallegos *et al.*, 1997: 103).

Detalle de *Vista de las pirámides de Teotihuacan*, oleo sobre tela de Johann Mortiz Rugendas (Alemania, 1802-1858).
Reprografía de la autora.

acerca de la historia antigua de México –muchas de ellas casi superadas– o publicaron documentos inéditos sobre la época prehispánica que, aun hoy, siguen teniendo actualidad. Ambas actividades académicas integraron, en lo posible, los conocimientos arqueológicos reunidos hasta la época (Bernal, 1979: 90-91).

En cuanto a los historiadores decimonónicos destacados que escribieron sobre Teotihuacan se encuentran Manuel Orozco y Berra, mexicano, y Herbert Huber Bancroft, estadounidense, los cuales, sin hacer arqueología propiamente, usaron los datos arqueológicos obtenidos por otros y ocasionalmente por ellos mismos en sus importantes síntesis históricas, completando el círculo iniciado durante la Colonia (Bernal, 1979: 103). Orozco y Berra (1880), ingeniero y abogado, es autor de la *Historia antigua y de la conquista de México*, una obra que, aun con sus errores, es la mejor escrita después de la del jesuita Francisco Xavier Clavijero. A lo largo de los cuatro volúmenes de la obra, Orozco estudia piezas arqueológicas no tanto como objetos sino como pruebas de sus afirmaciones. Describe y discute sobre casi todos los vestigios arqueológicos existentes en la República Mexicana, entre ellos Teotihuacan.

Apoyado en una amplia bibliografía, Orozco contextualiza la cultura teotihuacana dentro de las culturas del centro de México y luego hace una completa descripción de la ciudad, valiéndose de algunos autores anteriores como Humboldt, a quien le dedica varios señalamientos críticos. Pero también hace uso de la *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión de Pachuca en 1864*, a cargo del ingeniero Ramón Almaraz, documento que, en adelante, servirá de referente científico en los estudios futuros sobre Teotihuacan, como los de Frederick Ober, Manuel Orozco y Berra, Herbert Hubert Bancroft, Alfredo Chavero, por citar los más conocidos.⁸ En su trabajo sobre Teotihuacan, Hebert Hubert Bancroft resumió los estudios que hasta entonces se habían hecho sobre Teotihuacan, integrando así una extensa bibliografía. Bancroft cita la *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión de Pachuca en 1864* a cargo del ingeniero Ramón Almaraz. Este documento permite a Bancroft proporcionar datos fidedignos, con base en fotografías y cálculos matemáticos, sobre cuestiones muy puntuales; por ejemplo, las mediciones, las escalas o los materiales con que estaban construidas las pirámides.

La introducción del positivismo en México por Gabino Barreda en la década de 1860 potenciará los estudios de los historiadores que utilizan la arqueología y las evidencias encontradas en las excavaciones o en documentos. Esta corriente de pensamiento o escuela filosófica afirma que el único conocimiento auténtico es el científico, y que tal conocimiento solamente puede surgir de la afirmación positiva de las teorías a través del método científico. Según esta escuela, todas las actividades filosóficas y científicas deben efectuarse únicamente en el marco del análisis de los hechos reales verificados por la experiencia. Varios historiadores decimonónicos mexicanos asumieron la perspectiva positivista en los estudios históricos y su vinculación con los arqueológicos. Como el abogado Manuel Larraínzar, que recomendaba la realización de excavaciones en todos los sitios ar-

⁸ El trabajo de Ramón Almaraz se cita más adelante, en el subapartado “Precursores de la arqueología”.



queológicos para obtener fuentes, objetos y evidencias que develaran los secretos de las culturas prehispánicas. En su obra compuesta de cinco volúmenes, *Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y antigüedades comparadas con lo más notable que se conoce del otro continente en los tiempos más remotos y sobre el origen de sus habitantes* (t. III), Larraínzar hizo una recapitulación histórica sobre lo que se sabía hasta entonces sobre monumentos y sitios. En los dos primeros tomos y en el tercero compara Palenque con otros sitios arqueológicos del mundo y habla de otros sitios mexicanos, entre ellos Teotihuacan, del cual ofrece una breve descripción con base en testimonios de visitantes anteriores.

Alfredo Chavero fue el historiador que dejó un testimonio sobre el cambio de perspectiva de la disciplina arqueológica. Según sus palabras, era necesaria una verdadera reforma en la manera de historiar: “desechando todo lo espurio y acudiendo a las verdaderas fuentes [...] y leer el libro de la antigüedad en las páginas imperecederas del granito de los monumentos” (cit. Pérez, 1999: 81). Esta cita enfatiza el principio positivista de evitar las hipótesis generales y fundarse en los vestigios arqueológicos y en los objetos materiales para deducir la verdad histórica. En su visita a Teotihuacan, Chavero, como lo hicieron Orozco y Berra y Bancroft, incluyó la cultura teotihuacana en el estudio de las culturas prehispánicas del centro de México. Asimismo, hizo uso de las fuentes –entre ellas el multicitado informe de Almaraz, pero también los descubrimientos de Désiré Charnay– y multitud de vestigios materiales encontrados en Teotihuacan para conocer e interpretar esta cultura.

Antonio Peñafiel es otro historiador que utilizó la arqueología en sus investigaciones, valiéndose de la evidencia arrojada por los monumentos y objetos. Fue él quien intentó poner orden a las inmensas colecciones del Museo Nacional, pretendiendo averiguar el orden y la procedencia de gran número de objetos que carecían de historial y ficha técnica. Antonio Peñafiel escribió el libro *Teotihuacan*, cuyas ilustraciones fueron sacadas de las pinturas originales halladas en el sitio. El estudio de Peñafiel es original por varios motivos: relativiza el valor de las pirámides “que están muy lejos de ponerse a la altura de Egipto, Asiria y Caldea”; se desvía de la opinión general de que su origen es tan remoto como el de los monumentos de Babilonia o Asiria. Con ello trata de destruir el mito de que las culturas americanas eran apéndice de las europeas o asiáticas. Asimismo, hace uso de la metodología arqueológica para refutar el papel protagónico de los toltecas en el desarrollo de todas las culturas mesoamericanas. Pero también yerra al afirmar que la cultura mexicana no tuvo relación con la cultura maya.

TEXTOS ARQUEOLÓGICOS

A finales del siglo XIX y durante el XX, los grandes estudios producidos en el periodo 1880-1910 son de índole muy diversa, pero el lazo de unión, aparte de mostrar una tendencia más arqueológica, es la manifestación plena del positivismo científico, cuyo realismo descarta las hipótesis generales. La arqueología se hace a través de los objetos; se abandonan las discusiones estériles sobre las culturas indígenas y sus orígenes. Empieza a fomentarse la arqueología de campo. En el contexto del progresivo desarrollo de la arqueología como disciplina autónoma, el sitio teotihuacano fue objeto de una

mirada científica por parte de estudiosos, exploradores, viajeros y, claro, arqueólogos (Almaraz *et al.*, 1865: 354-355; Mendoza, 1877: 186-195; Charnay, 1885: 85-86; Holmes, 1895-1897: 56-59). El elemento que define como arqueológicos los trabajos realizados en Teotihuacan reside en la metodología: “se plantearon preguntas de investigación que fueran contestadas llevando a cabo trabajo de campo que involucrara los restos de la cultura material, de tal manera que tales evidencias constituyeran un elemento estructural en la obtención de datos y el eje en torno al que giraría la organización del trabajo y la interpretación de la información” (Gallegos *et al.*, 1997: 27).

Precursores de la arqueología

Durante el periodo del imperio de Maximiliano de Habsburgo se implantó, como ya se mencionó, un proyecto cultural que incluyó la preservación del patrimonio arqueológico. De este modo, como se ha venido afirmando, la primera expedición a Teotihuacan, considerada pionera del estudio formal de las ruinas, se llevó a cabo en 1864 por la Comisión Científica de Pachuca, bajo la dirección del ingeniero Ramón Almaraz. Entre otras actividades, se determinaron las coordenadas geográficas de las dos pirámides y de la Ciudadela. También, en 1865, se elaboró un plano de la zona que ocupa el conjunto arqueológico, en la cual se ubican las pirámides, la Ciudadela y la calzada de los Muertos. Almaraz determinó la orientación de las pirámides y encontró que la dirección de los lados de sus bases no coincidía exactamente con la del meridiano astronómico y que la línea que más se acerca a ésta es la que une los vértices de las dos pirámides. También se midió la Pirámide de la Luna (Almaraz, 1997: 188-200). Como ya hemos visto, varios historiadores se basaron en el plano y las observaciones de Almaraz.

Daniel Schávelzon comenta la importancia del plano realizado por Almaraz:

El plano fue hecho con teodolito, es decir el primero con las técnicas modernas de la ingeniería, y el cual con sus observaciones cambiaría de inmediato la forma de entender Teotihuacan quedando establecido un nuevo modelo, el de una ciudad más grande, compuesta por mucho más que las dos pirámides mayores y su plaza, de proporciones longitudinales y organizada a través del eje de la Calzada de los Muertos. El plano incluía por primera vez un corte longitudinal de todo el conjunto –concepto introducido en la geología por Humboldt– y si bien estaba cuidadosamente dibujado cometía un error que tardaría en corregirse: las dos pirámides estaban ligeramente desviadas de sus ejes verdaderos. En realidad este plano fue el que definió los límites del sitio a lo largo del siglo siguiente. Para su época y hasta 1922 fue de los mejores trabajos cartográficos en la arqueología mesoamericana [...] (Schávelzon, 2011c).



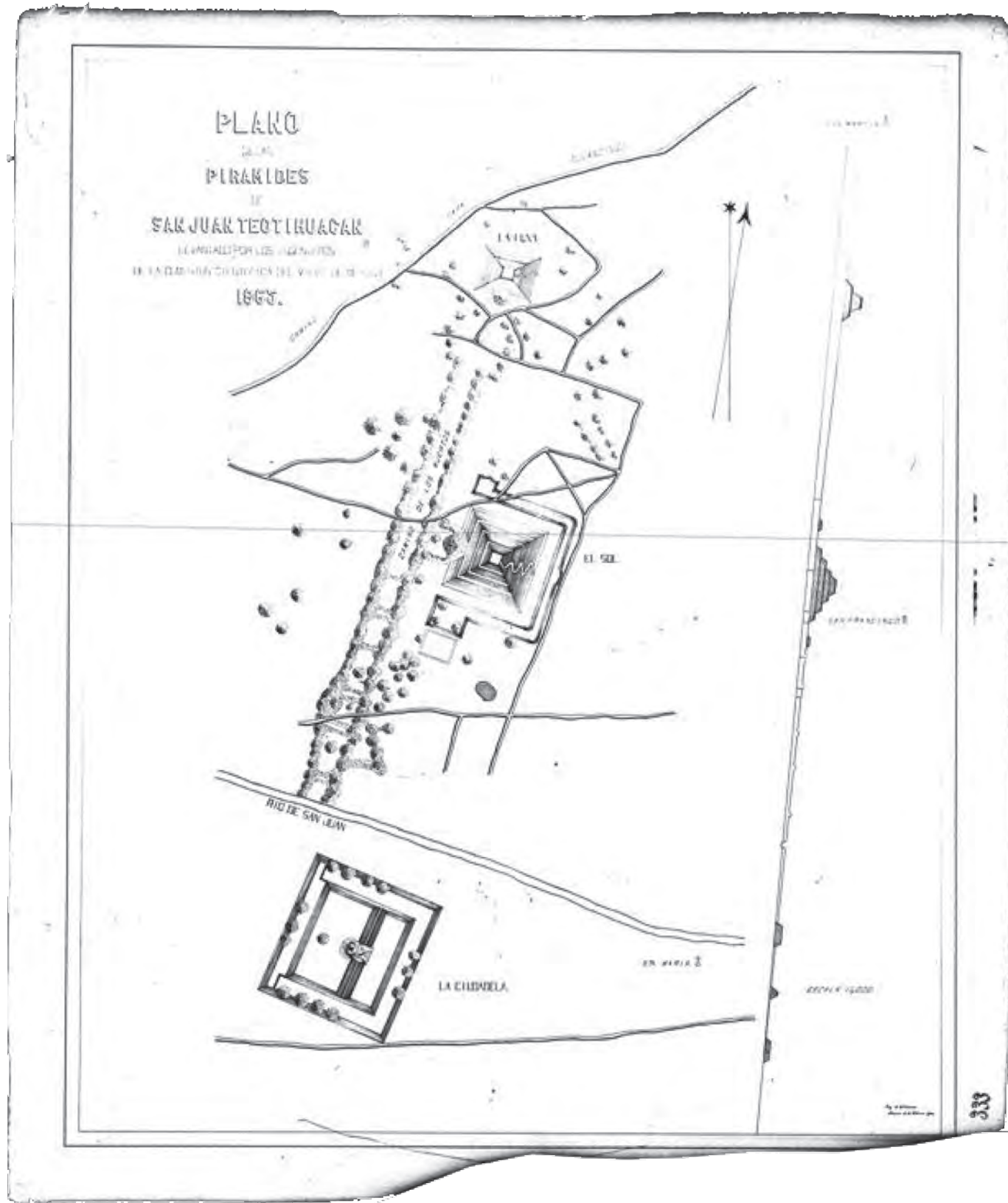
Désiré Charnay, (1828-1915).
Reprografía de la autora.

El arqueólogo francés Désiré Charnay, integrante de la Commission Scientifique du Mexique,⁹ había visitado los principales sitios arqueológicos de la República Mexicana en el periodo 1853-1859 e introdujo un adelanto a la tecnología arqueológica: la cámara fotográfica, que también empleara Augustus le Plongeon en la zona maya por aquellos años (Matos, 2011b). Charnay volvió después a México y en 1885 escribió el libro *Les Anciennes Villes de Nouveau Monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale*, en el que describe el sitio arqueológico de Teotihuacan con base en algunas excavaciones tanto del cementerio de San Juan Teotihuacan, como en un montículo de la antigua ciudad situado en el lado oeste de la calzada de los Muertos. En el primero halló vestigios materiales como cerámica y huesos. En el segundo, los pisos y muros de un edificio destruido para descubrir una serie de cuartos que formaban parte de lo que actualmente denominamos un “palacio”. Désiré Charnay realizó excavaciones un poco más metódicas, pero a un nivel todavía incipiente; su idea era simplemente averiguar algo sobre el lugar, y luego abandonar la excavación a la intemperie. No se tomó ninguna medida de protección, por más elemental que fuera, y sus conclusiones dejaron bastante que desear por la falta de método científico (en su época, el positivista). A Charnay le escandalizó la indiferencia con que los intelectuales mexicanos vieron sus descubrimientos; de todas maneras, le propuso al gobierno mexicano que se le permitiera continuar las exploraciones con la condición de exportar a Francia las dos terceras partes de los objetos que descubriera. En esta ocasión, como veremos, el Congreso mexicano rechazó la solicitud.

Gumerindo Mendoza fue un médico interesado en la historia prehispánica mexicana. Fungió como director del Museo Nacional de Arqueología e Historia y publicó, entre otros textos, el catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México. En 1877, Mendoza publicó en los *Anales del Museo Nacional* un trabajo sobre Teotihuacan, apoyándose de cierta manera en el informe de Almaraz; escribió acerca de la superposición de pisos en Teotihuacan, una cosa notable que él observó por primera vez durante la destrucción de un edificio (Schávelzon, 1981b). En su testimonio sobre Teotihuacan, Mendoza deja ver el prejuicio ancestral de la sociedad mexicana contra los indios vivos y la veneración por los indios muertos y lamenta que la antigua grandeza de los teotihuacanos estuviera siendo mancillada por los habitantes del sitio:

Un campesino dueño de uno de aquellos cúmulos, situado al lado austral de la pirámide del Sol, un día emprendió remover las piedras allí acumuladas, derribar los árboles y numerosos nopales o *cactus* en donde se habían desarrollado, y descubrió a cierta profundidad los cimientos de las antiguas habitaciones con sus pisos y paredes estucadas, tales como las describe Torquemada y [este campesino] quiso aprovechar los cimientos y fragmentos de paredes para levantar sobre ellas la choza que le sirve de abrigo: cuando esto vimos, la tristeza se apoderó de nuestras almas, mayormente al comparar aquellos restos

⁹ Durante la intervención francesa en México, el 27 de febrero de 1864, Napoleón III, a imitación de Napoleón I en Egipto, creó la Commissionn Scientifique du Mexique, que realizó muchos trabajos, entre ellos los relativos al México antiguo (Bernal, 1979: 94).



Plano elaborado en 1865 por los ingenieros de la Comisión Científica de Pachuca comandados por el ingeniero Ramón Almaraz. Inv. 361356, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.



de grandeza y lujo de gentes que moraron allí, con la rusticidad, el poco gusto e ignorancia de los que hoy viven entre aquellas solemnes y majestuosas ruinas (Mendoza, 1877: 186-195).

Antonio García Cubas estudió geografía, pero desarrolló un enorme interés por la historia antigua de México, de la que comentó: “es tan bella por sus tradiciones y tan poética por sus episodios, ya se la considere relacionada a las demás naciones de la tierra, ya como perteneciente a la de un pueblo autónomo [...]” (1874: 341). García Cubas trabajó en el sitio arqueológico de Teotihuacan con Ramón Almaraz y los franceses miembros de la comisión científica de 1864. Don Antonio observó im-





precisiones en el plano, le hizo algunas modificaciones a su orientación general y publicó la versión corregida en 1872, aunque obvió incluir la Ciudadela y la zona al sur del río. Auxiliado por una Compañía de Zapadores hizo algunas exploraciones en Teotihuacan con miras a presentar los resultados en el Congreso de Americanistas que se reuniría en México ese año.¹⁰

William H. Holmes fue un arqueólogo de campo, curador del Field Columbian Museum de Chicago que visitó México en 1895. En 1897 publicó un libro en el cual describía su excursión a Veracruz, Oaxaca, y a Teotihuacan con dibujos muy precisos y una metodología moderna que muestra la distribución de los principales montículos y su sistema de construcción, aprovechando datos ya conocidos. En este sentido sigue la tendencia a no formular hipótesis sino que se apega a los hechos.

En suma, las aproximaciones, visitas y exploraciones previas al gran proyecto arqueológico de Teotihuacan de 1905-1910, estuvieron insertas en el proceso histórico de formación de la arqueología como ciencia en México, definido por varias etapas no necesariamente evolutivas, tal como lo propuso Ignacio Bernal.

En el periodo 1880-1910, la arqueología se consolidó como una ciencia en México gracias a una masa crítica, principalmente a cargo de arqueólogos e historiadores, la cual dotó de una dinámica propia a la ciencia arqueológica para crecer y sostenerse a sí misma, sin admitir retroceso desde el

¹⁰ AGN, RG, SIPBA, c. 166, exp. 42, f. 51, "Informe del gobierno del Estado de México a Leopoldo Batres sobre la expedición de Antonio García Cubas", 1895.

Página opuesta: José María Velasco, 1878, *Pirámide del Sol*, óleo sobre tela, Museo Nacional de Arte, Conaculta-INBA.

Perspectiva de la zona arqueológica principal de Teotihuacan antes de los trabajos de Leopoldo Batres en 1905. Dibujo realizado por William Holmes, 1895. Tomado de Schávelzon, 1981b.



punto ya alcanzado hasta entonces. Dicha masa crítica fue la base para el establecimiento de un conjunto de cinco elementos principales: 1. el inicio de una serie de metodologías y técnicas de trabajo; 2. la presencia de problemas de investigación concretos; 3. la preocupación por la conservación de los restos materiales; 4. la existencia de un contexto que valide y reconozca socialmente este tipo de trabajos, y 5. la presencia de instituciones (Gallegos *et al.*, 1997: 28). Todos estos elementos confluyeron en la realización del magno proyecto arqueológico de 1905-1910, en el marco de la celebración del primer centenario de la independencia de México, en 1910, tal como lo veremos en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO III

TRABAJOS DE EXPLORACIÓN (1905-1910)

Uno de los actos del programa para la celebración del primer centenario de la independencia de México fue la realización del XVII Congreso de Americanistas, que llevaría a cabo sus sesiones en la ciudad de México y en Teotihuacan, donde se exhibirían, por ese motivo, la Pirámide del Sol y la “Avenida de los Muertos” restauradas. Además, habría reuniones de los congresistas en las ruinas de Mitla y Xochicalco, también restauradas, y se publicaría un informe sobre el sitio arqueológico de Palenque, ampliamente ilustrado. Finalmente, salieron a la luz los dos primeros tomos de una publicación monumental, que contenía documentos para la historia de la independencia mexicana. La exploración de Teotihuacan, enmarcada en los festejos del primer centenario de la independencia de México, se llevó a cabo en el valle del mismo nombre entre 1905 y 1910, en el lugar donde yacían las ruinas esparcidas entre las municipalidades de San Juan Teotihuacan y Otumba.

Cabe explicar que el Congreso Internacional de Americanistas surgió de un movimiento, el americanismo, una corriente académica ya consolidada durante el porfiriato, misma que se definió comúnmente como el estudio general del nuevo mundo, a través de todos sus periodos históricos. Sin embargo, hubo un buen número de americanistas especializados en el pasado prehispánico. Francia, Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos produjeron algunos de los académicos más activos, pero también los hubo en México y otros países latinoamericanos. En 1875 se iniciaron de manera regular los congresos de americanistas, con sede en distintos países, mismos que continúan



Sr. D. Ramón Corral, vicepresidente de la República y secretario de Gobernación. Tomado de García, 1911.





realizándose en la actualidad. Los hallazgos científicos se difundían en una publicación propia. Originalmente, el Congreso de Americanistas de 1910 se celebraría en Buenos Aires, Argentina, pero la delegación mexicana al congreso de 1908 insistió en que la sede estuviera en México, aunque ya se hubiera llevado a cabo en nuestro país en 1895. Finalmente, el congreso se dividió en dos etapas: en mayo se realizaron sesiones en Buenos Aires y en septiembre, en México, y en ambos sitios se celebró el primer centenario de las independencias argentina y mexicana (Bueno, 2010: 2-4).

En cuanto a los trabajos de exploración en Teotihuacan, es necesario puntualizar que el sitio ya había sido explorado antes de 1905-1910 por el arqueólogo Leopoldo Batres y Huerta, que en 1885 había sido nombrado por el gobierno porfirista jefe e inspector de Monumentos Arqueológicos.¹

Gracias a los exitosos trabajos de Batres en Teotihuacan, realizados entre 1884 y 1886, más algunas intervenciones en 1894, el presidente Díaz lo comisionó, en 1905, para encargarse de la exploración y el descubrimiento de los vestigios de la ciudad sagrada de Teotihuacan. Abordaremos a continuación esta primera exploración, pues en ella ocurrieron hallazgos importantes y se realizaron trabajos que luego serían útiles en la exploración de 1905-1910.

PRELUDIO: LA EXPLORACIÓN DE 1884-1886

A lo largo de siglos, la zona arqueológica de Teotihuacan permaneció a merced de la incuria y el olvido gubernamentales, a pesar de que, según hemos visto, las visitas al sitio fueron muchas, pero de corta duración y con fines diversos, desde científicos hasta de saqueo y destrucción.

En 1884, el arqueólogo Leopoldo Batres y Huerta incursionó por vez primera en el sitio. Al final de su vida, Batres recordaría con emoción esta visita a Teotihuacan y la pasión que despertó en él:

Al hacer mis primeras visitas en el año de 1884 a las históricas pirámides y darme cuenta de la grandiosidad de ellas y de lo poco que hasta entonces se había hecho para estudiarlas, pues todo aquel campo no era sino un enorme hacinamiento de escombros, cubierto de malezas e inaccesible para quienes no tuvieran la agilidad de los nativos, me propuse poner toda mi voluntad y esfuerzo en salvar de la destrucción aquel

¹ Secretaría del Estado y Despacho de Justicia e Instrucción Pública, “Nombramiento de Leopoldo Batres como inspector y conservador de monumentos arqueológicos de la República, con la gratificación mensual de 150 pesos”. Eran funciones del inspector: “1. Cuidar de la conservación de todos los monumentos y ruinas arqueológicas e históricas de la República. 2. Impedir la realización de excavaciones, traslados de monumentos, etcétera, sin la autorización de la Secretaría de Justicia, la que podría comunicar los permisos al inspector. 3. Las antigüedades remitidas al Museo Nacional, por donaciones nacionales o extranjeras, se dirigirán al inspector, quien, con inventario las entregará al Museo. 4. Le serán entregados los objetos antiguos decomisados en las aduanas, para ser depositados en el Museo Nacional” (Gallegos *et al.*, 1997: 271-272).

Interiores del libro de Genaro García, *Crónica oficial de las fiestas del primer Centenario de la Independencia Mexicana*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911.

maravilloso filón sumido en un olvido tan lamentable. Juré no dar descanso a mi brazo hasta no obtener una ayuda que viniera a servir mi idea; decidí acudir a todos los poderosos para inculcarles a fuerza de perseverancia la urgencia que había de ocurrir a esos grandiosos monumentos cuya trascendencia pude calcular (Batres, 1997a: 317).²

Pero esta primera exploración fue realizada sin apoyo del gobierno federal luego del fracaso de las gestiones hechas por Batres ante Joaquín Baranda, el entonces secretario de Justicia e Instrucción. Don Leopoldo acudió entonces a su amigo el secretario general del gobierno del Estado de México, don Manuel de la Hoz, quien se interesó en el proyecto y convenció al gobernador del Estado de México, el licenciado José Zubieta, de otorgar el apoyo. Batres comentó sobre aquel encuentro: “Fue para mí una luz, pues, en mi idea fija de la conservación de las pirámides, vi en este caballero un elemento que vendría en mi ayuda, dado que dichos monumentos están comprendidos en la jurisdicción del Estado [de México]” (1997a: 319).

Zubieta otorgó a don Leopoldo 200 pesos repartidos en 50 semanales, dinero con el cual se instaló en un jacal de la calle de los Órganos, en el pueblo de San Martín de las Pirámides. El gobierno estatal le proporcionó palas y picos, y los trabajos iniciaron en el mes de agosto de 1886 con una cuadrilla de 20 hombres con la que se levantaron los escombros que cubrían un primer fresco que representaba un búho saliendo de una inmensa boca provista de dos maxilares armados de dientes. Según Batres, “La policromía de la pintura se encontraba en perfecto estado de conservación, y se le hizo una copia en acuarela por manos expertas” (1997a: 319). Otra pintura polícroma representa el momento en que los pueblos llevan el tributo al altar de su dios, y reciben una recompensa de un sacerdote; por cierto, las dos pinturas murales fueron descubiertas en el terreno de José María Barrios, vecino del barrio de San Sebastián. En aquella ocasión los muchos curiosos se acercaron al lugar y arruinaron las siembras. Barrios dio parte al ayuntamiento de San Juan Teotihuacan, pero su queja no fue atendida.


Batres intentó desprender los murales para llevarlos al Museo Nacional, pero el secretario de hacienda federal se negó a ello; lo único que se conserva son cuatro copias en acuarela realizadas por Luis G. Becerril a solicitud del Instituto Literario de Toluca, El Museo Nacio-



General D. Porfirio Díaz, presidente de la República. Tomado de García, 1911.

² Este documento al parecer fue redactado entre 1925 y 1926, año de la muerte de Batres; el texto reviste gran importancia porque constituye la primera defensa que realiza sobre sus trabajos y su gestión pública.





nal, el Museo Etnográfico del Trocadero en París y de don Julio Labadie. Ignacio Herrera³ completó la información de don Leopoldo y comenta que durante la expedición de 1886 se encontró un grupo de montículos situados en el lado oeste de la calzada de los Muertos, cerca de la Pirámide de la Luna. Sin embargo, esa primera exploración no fue fácil. Los campesinos de San Martín de las Pirámides, hartos de las intromisiones de los exploradores, se alzaron contra don Leopoldo. El malestar de la gente llegó a tal grado que el 3 de octubre de 1886 realizó un motín en defensa de su tierra. En San Martín Obispo, luego bautizado de las Pirámides, Luis G. Becerril, que se hallaba haciendo trabajos de exploración, tuvo que enfrentar a los amotinados. En ese momento, Batres estaba por descubrir la segunda pintura ya mencionada arriba. Posteriormente, él escribió un testimonio de su aventura, misma que retrata su carácter firme y resuelto, sus habilidades militares, las cuales le ayudaron a salir sano y salvo de la amenazante multitud; y, por encima de todo, la vocación y el deleite del arqueólogo por desentrañar los secretos de la ciudad sagrada. Merece la pena citar *in extenso* dicho testimonio:

Me preparaba para efectuar el segundo descubrimiento [una pintura mural] [cuando] fueron suspendidos los trabajos de exploración por la muchedumbre del pueblo de San Martín, quienes apresaron a mis abnegados y buenos trabajadores. Yo permanecía en esos momentos en el pueblo, recluso en mis habitaciones, cuando vino a mí la mujer que me asistía llena de estupor diciéndome: “Señor: allí traen a sus peones y dicen a gritos que vienen a prender a usted”. Violentamente tomé mi rifle y salí hasta media calle para cerciorarme de la verdad, pudiéndome convencer de ella al ver que toda la calle estaba llena de habitantes del pueblo que en actitud hostil y en grupo compacto traían a mis obreros cautivos. El que los capitaneaba se acercó a mí y encarándome me dijo: “Dese por preso”. Contesté a su intimidación dándole un fuerte golpe con la carabina sobre la cabeza haciéndole rodar por tierra con el rostro ensangrentado y, al mismo tiempo, moviendo la palanca del rifle, puse un cartucho en el cañón de disparo apunté resueltamente sobre la muchedumbre, apostrofándola, le ordené que se disolviesen, orden que fue ejecutada rápidamente y las desbandadas huyeron por las callejuelas de Órganos, quedándome tan sólo con los operarios. Reorganicé mi cuadrilla para volver al trabajo. En ese momento se me presentó un capitán del 7º Regimiento de Caballería acantonado en San Juan Teotihuacan [ofreciéndome ayuda que rehusé agradecido] para que no creyeran que les temía, ya que de ser así me sería difícil continuar mis obras. A las cuatro horas de este acontecimiento, ya me encontraba en las soledades de las ruinas, estableciendo de nuevo los trabajos emprendidos, ya sin ningún contratiempo pude concluir el descubrimiento del precioso fresco de los tributos [...] cierta vez en que me hallaba sentado en

³ Ignacio G. Herrera trabajó con Leopoldo Batres en la temporada 1905-1910 como jefe de zona, de la que fue encargado hasta 1920 o 1921. Al parecer también trabajó con Batres en Xochicalco. Posteriormente realizó varios trabajos como la reconstrucción de la pirámide de Tenayuca. Herrera escribió un *Compendio de la historia de Teotihuacán, desde 1884 a la fecha* [9 de septiembre de 1918] [Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología (hoy Coordinación General de Arqueología, INAH), vol. 65, exp. 5, 4 fs.]. Se puede considerar este texto como el primer intento de hacer una “historia de la arqueología de Teotihuacan”. De este compendio se extrajo la información sobre las excavaciones de Batres.

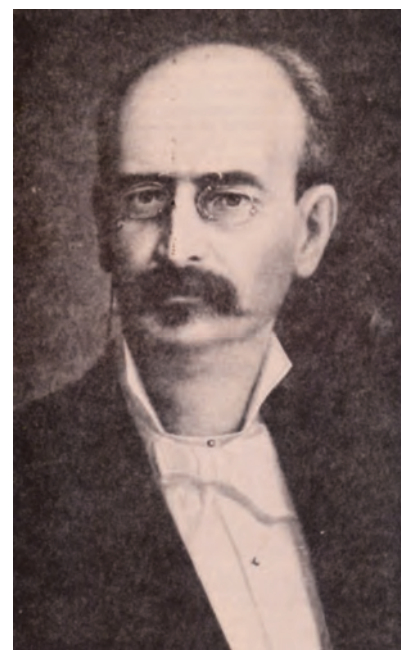
el suelo limpiando la tierra que cubría en el fresco [...] alguien me había arrojado del montículo una piedra de considerables proporciones [...] una parte de la piedra logro alcanzar el hombro derecho, lo que me obligo llevar el brazo suspendido durante dos meses [al no obtener recursos del gobierno] lleve al inteligente artista don Luis G. Becerril para que tomase a la acuarela fieles copias de los dos frescos, trabajo que ejecutó con toda conciencia y que pagué yo con mi propio sueldo [supliqué al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública que los dos frescos fueran protegidos].⁴

La explosión del pueblo de San Martín expresaba el hartazgo ante la intromisión de diferentes personas en sus propiedades, entre ellas Leopoldo Batres, quien, de todas maneras, siguió explorando en lugares donde habitaban los campesinos de la zona.

Las dificultades de la exploración culminaron con descubrimientos que otorgaron el reconocimiento público a Batres. El 18 de octubre de 1886, el gobernador del Estado de México, José Zubieta, emitió un decreto con el que otorgaba a don Leopoldo el título de ciudadano del estado “en atención a los importantes descubrimientos arqueológicos hechos en las pirámides de San Juan Teotihuacan” (Batres, 1997a: 317). En 1887, en la *Memoria de la Secretaría de Justicia*, se publicó el informe sobre esta exploración, la cual develaba a México y al mundo la grandiosidad y la importancia de los vestigios que yacían enterrados:

El resultado de [las] investigaciones científicas [de Batres] acerca de los monumentos y las pruebas materiales que ellas suministran demuestran que las pirámides citadas y los muchos pequeños promontorios y montículos esparcidos en aquel lugar encierran las ruinas de una gran ciudad, los restos de templos y otros edificios grandiosos y los de habitaciones estucadas y decoradas con un elevado arte policromo, el cual no puede atribuirse sino a una raza singularmente culta y superior a las demás primitivas del suelo de América, como lo era la Tolteca.⁵

Luego de este éxito obtenido por Batres, ese mismo año de 1886 la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes dio anuencia a Luis G. Becerril para que explorara en Teotihuacan bajo la supervisión de don Leopoldo, nombrado, como ya se mencionó, inspector general de Monumentos Arqueológicos. De alguna manera, Becerril fue un apoyo para don Leopoldo, pues en esta etapa tuvo que financiar sus propias investigaciones, como aseveraría después. De esta colaboración resultó un mapa de la zona elaborado por Becerril: el *Plano de la Ciudad Tolteca cubierta aun por los escombros, levantado por Luis G. Becerril, 1886*. Este plano fue poco difundido, estaba a una escala de 1:7500 y en gran medida era inferior en calidad al viejo plano de Almaraz en el que se basó Becerril (Schávelzon,



Licenciado José Zubieta, gobernador interino del Estado de México, 1880-1889. Reprografía de la autora.

⁴ STBNAH, AHM, APLB, fs. 85-98, “Tumulto en San Martín Opispo”, 1886.

⁵ AGN, RG, SIPBA, c. 226, exp. 54, f. 5, *Memoria de la Secretaría de Justicia, 1887*, “Comentario sobre los trabajos de exploración de Leopoldo Batres en Teotihuacan”, 1886.



Expedición científica á las Ruinas de San Juan Teotihuacan, por el Inspector y
Conservador de monumentos arqueológicos de la República Mexicana
Leopoldo Batres.



Plano de la zona arqueológica de Teotihuacán para los trabajos de Leopoldo Batres todavía cubierta por los escombros, levantado por Luis G. Becerril, 1886. Tomado de *Teotihuacán o la ciudad sagrada de los tolteca*, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Reprografía: Marco Antonio Pacheco/Raíces.

2002). Sin embargo, cuando el arqueólogo Manuel Gamio asumió la Dirección de Monumentos Arqueológicos escribió:

No se ha levantado ningún plano, pues el que presentó el señor Batres como dirigido por él y ejecutado por el señor Herrera es solamente una ampliación de otro muy imperfecto levantado en 1885, cuyo original obra en el campamento de San Juan Teotihuacan [...] presenta varios montículos y otros detalles que no existen en la zona y omite otros muchos que sí aparecen (Gallegos, 1997: 342).

Al respecto, Schávelzon comenta: “esta descripción de un plano que según él [Gamio] no se hizo, pero del que él mismo reconoce que hay al menos dos versiones, resulta muy interesante. Cabe recordar que Ignacio Herrera fue el encargado de los trabajos en el sitio desde Batres hasta después de Gamio” (Schávelzon, 2002). Años después, Batres le contestó a Gamio que el plano se había hecho (era el elaborado por Becerril), “pues sin él no hubiera habido exploraciones, pues el gobierno de ningún modo las hubiera aprobado sin saber cuánto montarían los gastos que podría erogar” (Batres, 1997a: 327).

En el mapa se trazaron las formas de las pirámides del Sol y de la Luna, que pudieron delinear-se siguiendo el contorno de cerros que presentaban entonces, tal y como Manuel Rivera Cambas las describió aproximadamente entre 1880 y 1883:

Es de creerse que aquellas enormes construcciones que rivalizan con las pirámides de Egipto no presentaban en la época de la Conquista el estado ruinoso que hoy guardan [...] La pirámide de la Luna [...] está formada de capas superpuestas [...] la primera capa se compone de lodo y piedras [...] sobre aquélla se encuentra una segunda capa de toba volcánica o tepetate, mezclado también con lodo [...] sigue una tercera compuesta de arena de basalto escorioso (tezontle) mezclado con lodo [...] finalmente una capa muy delgada, [formada] con mezcla muy fina que parece solamente cal, bruñida muy bien en su cara superior, vuelven a sobreponerse las capas y así continúan [...]. [En cuanto a la pirámide del Sol] los pisos de ésta son perfectamente visibles. La regularidad del ascenso ha sido destruida por los nopales en muchos lugares, sin llegar a alterar la forma cuadrada general, tan regular como la de la gran pirámide de Egipto (Rivera, 1972: 148-156).

Ya en 1922, Gamio acusó también a Batres porque “no se hizo el plano detallado de los montículos que componen la ciudad” (Matos, 1998: 55). Daniel Schávelzon afirma que, ya como director de Monumentos Arqueológicos, Gamio publicó los primeros resultados de sus investigaciones incluyendo un plano esquemático que se basaba en el de Almaraz, “ni más ni menos que lo que había hecho Batres treinta años antes” (Schávelzon, 2002).





Don Leopoldo contestó que, existiendo el plano de la Comisión Científica de Pachuca, comandada por el ingeniero Ramón Almaraz, “que es perfecto”, no había necesidad de hacer otro porque, además, el mapa presentaba el corte longitudinal “ante el cual el mandado hacer por el señor Gamio resulta ridículamente irrisorio, por parecer hecho por un muchacho de escuela y que es no obstante el que forma las delicias del ingeniero Pedrero” (Batres, 1997a: 327).

En 1895, el ingeniero Antonio García Cubas fue comisionado para continuar la primera exploración de Batres, con el objetivo de presentar un trabajo en el XI Congreso de Americanistas. Entre otras acciones, don Antonio levantó los escombros que cubrían la Pirámide de la Luna, y descubrió los vestigios de las aristas y de las es-

caleras. Exploró el túnel situado en la cara austral de la pirámide y los montículos de la calzada de los Muertos. Ahí halló un adoratorio que consistía en un “hacinamiento de piedra suelta sobre gruesas capas de adobe, sin mezcla alguna de cal”. El montículo fue destruido y no se conservaron las pinturas encontradas (Gamio, 1979: 106).

LA EXPLORACIÓN DE 1905-1910

Durante el periodo en que se concibió el proyecto de rescate de monumentos teotihuacanos como parte de la celebración del centenario de la independencia, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes estaba presidida por Justo Sierra y por el subsecretario, Ezequiel A. Chávez. Dicha secretaría quedó a cargo de la realización del proyecto de restauración de Teotihuacan con la anuencia del secretario de Hacienda, José Ives Limantour. De hecho, la idea del rescate de Teotihuacan fue de don Justo Sierra, quien relató el proyecto en su discurso leído en el sitio de Teotihuacan, en el marco de la sesión inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el 8 de septiembre de 1910:

Durante mi permanencia en París, en la época de la última exposición (1900), el duque de Lubat, a quien tanto deben las exploraciones americanas, me sugería insistentemente la idea de descubrir, eran sus palabras, de descubrir a Teotihuacan, sepultado en la tierra, la maleza y la incuria y a consolidar sus

monumentos; vendrá así a luz, me decía, una verdadera Pompeya mexicana. Desde mi llegada a México sometí la idea al Presidente de la República, gran venerador de nuestra historia, en cuyos capítulos él es el elemento substancial ya que a su aprobación se debe cuanto allí se ha hecho (Sierra, 1948: 435).

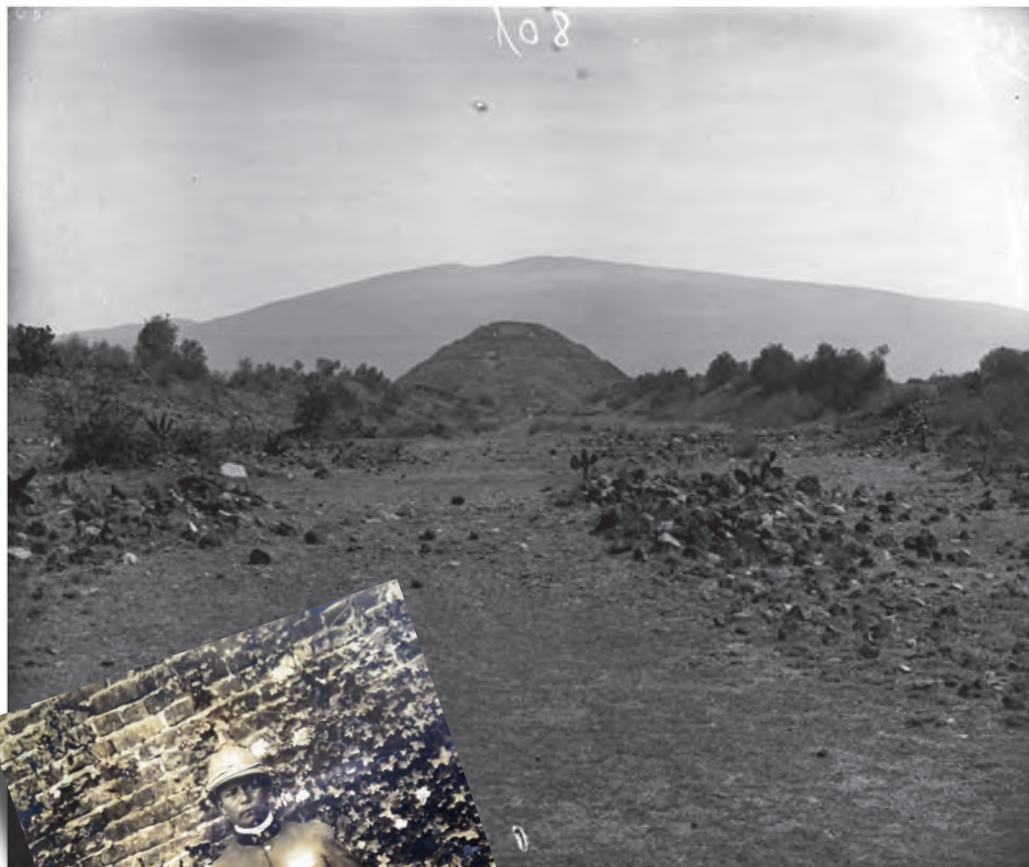
Cabe discutir aquí el contexto en el cual el duque de Lubat calificó a Teotihuacan de “una verdadera Pompeya mexicana”, denominación avalada por don Justo Sierra. Adriana Pérez Soto explica cómo la equiparación de las civilizaciones antiguas con la mexicana puso de manifiesto que la actividad arqueológica europea se conectó con la mexicana: “por el puente tendido entre las dos fluyeron a México conceptos y premisas venidos de Europa, la que se convirtió en proveedora de ideas sobre la antigüedad humana. Pero en esta transmisión de ideas Europa-México, nuestro país, a través de varios intelectuales mexicanos, completó el intercambio al elaborar, poco a poco, un conjunto discursivo sobre su propia antigüedad para el resto de mundo occidental” (Pérez, 1999: 99-101). Tal es el caso de Antonio García Cubas, quien, en su *Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas* –dentro del cual aborda el tema de las pirámides de Teotihuacan–, intentó conectar la antigüedad, especialmente la cultura egipcia, con las antigüedades mexicanas. El sentido de esta conexión era realzar la cultura mexicana ante el mundo y destacar que los grandes logros de Teotihuacan eran reminiscencia de la maestría egipcia, cultura cuyas enseñanzas aplaudía y se adjudicaba la propia Europa (Pérez, 1999: 99-101). Es en este contexto que algunos personajes extranjeros y mexicanos, como Lubat y Justo Sierra, vieron en las ruinas mexicanas otro Egipto, otra Pompeya y otro Herculano.

En 1905, el presidente de la República, el general Porfirio Díaz, dio su anuencia para que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes comisionara al arqueólogo Leopoldo Batres como jefe de la exploración en Teotihuacan. El gobierno federal puso su confianza en don Leopoldo, luego del éxito obtenido en la primera exploración de 1884-1886; sin duda, tanto el presidente Díaz como el actual secretario de Educación, el maestro Justo Sierra, también reconocieron el mérito de Batres como pionero de las grandes exploraciones realizadas en pos del descubrimiento de los vestigios arqueológicos en México.



Vista de la Pirámide de la Luna, cuya apariencia era la de un cerro. Inv. 359111, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.





Antes de decidirse a realizar la magna obra de exploración de la zona arqueológica de Teotihuacan, don Justo Sierra realizó, junto con Batres, una visita a Xochicalco y a la Pirámide del Sol en Teotihuacan, la cual, como lo testimonió Manuel Rivera Cambas, presentaba la apariencia de un cerro. Batres recordó que Sierra le preguntó al pie de la gran Pirámide del Sol:

¿Cree usted poder encontrar debajo de esa inmensa mole de tierra y piedra alguna arquitectura definida que nos enseñe la forma verdadera que tenía en sus primitivos tiempos? ¿Acaso, como han opinado algunos, que al retirarse los moradores de esa ciudad acometieron la gigantesca obra de cubrir sus edificios para evitar de este modo la profanación de manos extrañas y que estén ahí debajo del espeso velo que los cubre, bien conservados y en condiciones de revelarnos toda su historia? ¿O acaso no sean más que, como dijo Humboldt, grandes hacina-

mientos de tierra sin forma determinada arquitectónica? De todos modos, si usted cree que en los cinco años que faltan para la celebración del Centenario podemos descubrir esas construcciones y consolidarlas al mismo tiempo que se descubran, haré un esfuerzo por conseguir que el gobierno le suministre los fondos necesarios para llevar a cabo este pensamiento. Comprendo desde luego que la parte científica de la obra, lo mismo que la material, es colosal, pues se necesita operar con finísimo tacto para no destruir lo que debe poner a la luz. Repito, la obra es gigantesca, pero cuando el hombre se propone con buena voluntad hacer algo, lo lleva a cabo (Batres, 1993: 45-46).

El 20 de marzo de 1905 se inició la primera gran temporada de Teotihuacan, si bien desde 1902 se habían hecho trabajos de limpieza de vegetación en los terrenos que circundaban las pirámides, vendida al conserje que cuidaba el sitio.⁶ Batres dio inicio a la magna tarea, acompañado de un gran equipo. En las labores de excavación se ocupó una numerosa cuadrilla de operarios que se dividió en brigadas, vigiladas por cabos y capitanes, bajo el mando de un capataz general. El inspector de Monumentos justificaba esta organización militarizada para mantener la disciplina. Además, debía cuidarse en extremo que los picos de los jornaleros fueran manejados con toda cautela para que “en vez de descubrir no destruyesen”.

La Pirámide del Sol antes de su descubrimiento durante la exploración de 1905-1910. Inv. 358806, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

Guardia de la zona arqueológica de Teotihuacan. Fotografía cortesía Fundación Acervo Leopoldo Batres..

⁶ AGN, RG, SIPBA, c. 167, exp. 20, f. 2, año 1902, “Solicitud del arqueólogo Leopoldo Batres al Secretario de Instrucción para limpiar la zona de las pirámides de Teotihuacan”, 1902.

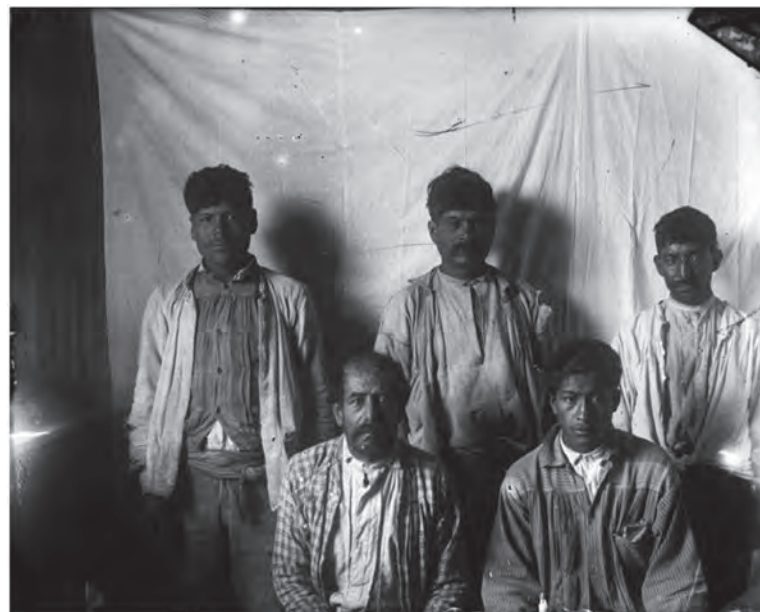
Los salarios eran pagados por el pagador de primera clase del ejército, un señor llamado Benigno Rico. Batres sustituyó a los rurales por la policía para la vigilancia del campamento debido a que fue despedido un rural “elemento extraño incrustado en medio de mis empleados, sin el respeto y subordinación que debían tener hacia mí como jefe del campamento”.



Los seis policías fueron arma-

dos con carabinas y sables de caballería (Batres, 1993: 46).⁷

En mayo de 1905, dos meses después de iniciadas las obras, los trabajadores, seguramente imbuidos por la emoción de sacar a luz los vestigios que formaban parte de la historia antigua de México, festejaron con júbilo el aniversario de la Batalla de Puebla, aquella gesta gloriosa del 5 de mayo de 1862, en la que los soldados mexicanos –entre ellos muchos indígenas Zacapoaxtla– derrotaron al hasta entonces invencible ejército imperial francés, que apoyó al archiduque Maximiliano de Austria, el efímero emperador de México. *El Imparcial* publicó una reseña del festejo que, entre otras cosas, decía:



Las herramientas de trabajo fueron colocadas sobre el gran montículo a manera de fusiles formando pabellones; los paramentos que estaban siendo descubiertos fueron adornados con hojas, flores y banderas nacionales. También fueron ornados con los mismos materiales las vías y los furgones de ferrocarril que se estaban instalando a un kilómetro de distancia para retirar el material de escombros proveniente de las excavaciones. [Ante más de 800 personas] congregadas alrededor de la Pirámide del Sol un trabajador pronunció un discurso muy notable (1905).

Trabajadores de la zona arqueológica celebrando el aniversario de la batalla del 5 de mayo de 1862. Fotografía cortesía Fundación acervo Leopoldo Batres.

Trabajadores de la zona arqueológica de Teotihuacan. Inv. 351843, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

⁷ AGN, RG, SIPBA, c. 111, exp. 47, f. 31; c. 171, exp. 18, f. 60, “Establecimiento de un equipo de vigilancia y un pagador en el campamento de la zona arqueológica de Teotihuacan”, 1909.



La de Batres fue la primera expedición en la que se hizo arqueología a gran escala en monumentos prehispánicos. Las labores duraron cinco años y contaron con un presupuesto muy alto para la época. En efecto, como lo prometiera don Justo Sierra, el gobierno otorgó un apoyo financiero para los trabajos que, si bien no alcanzó a cubrir los requerimientos presentados por don Leopoldo, sí fue suficiente para cumplir el objetivo: descubrir la Pirámide del Sol y algunos edificios adyacentes (véase apéndice II, cuadro I).

La historia del desarrollo de la misión arqueológica que trabajó durante cinco años en el sitio de Teotihuacan es apasionante. Muchos fueron los problemas que se enfrentaron, pero, gracias a esto, surgió de los escombros la gran Pirámide del Sol, la cual, según Batres, probablemente estuvo dedicada a Quetzalcoatl (Dios del Viento) “a juzgar por los atributos que encontré en el plano superior de ella y que figuran hoy en el museo local de Teotihuacan” (Batres, 1912: 18). En 1907, Batres descubrió las construcciones que se ubicaban al norte de las que descubrió Désiré Charnay en 1885, consistentes en templos y habitaciones. También fueron rescatados algunos de los edificios de la plaza y otros a lo largo de la Ciudadela, los llamados “subterráneos”, que correspondían a la primera época de construcción de la ciudad y se desplantaban casi al nivel del suelo de la calzada de los Muertos, a la que don Leopoldo bautizó como la Vía Sagrada, debido a que los túmulos que la forman: “no eran sepulcros, sino que son templos y habitaciones arruinadas y cubiertas por sus escombros” (Batres, 1997b: 314). También salió a la luz la llamada “Casa de los Sacerdotes” en el ángulo suroccidental de la plataforma que rodea a la gran pirámide.



Vista de los subterráneos, techados durante los trabajos de exploración. Fotografía cortesía Fundación Acervo Leopoldo Batres.

Asimismo, dentro de uno de los cuartos subterráneos, pero que ya estaba al nivel del suelo, Batres encontró un pozo de 9 m de profundidad y 0.63 m de diámetro revestido de piedra y tallado. Del fondo del pozo surgía un

[...] precioso manantial de agua cristalina que brota constantemente entre finísimas capas de arena. Los que rellenaron la ciudad vieja lo respetaron no sé por qué motivo y con qué fin, pues le formaron sobre el brocal una bóveda protectora hecha con piedras, a fin de que por este medio el relleno no lo enzolvase (Batres, 1997b: 314).

Sobre “la Casa de los Sacerdotes” existe una descripción hecha por Jeanne Roux, una arqueóloga francesa amiga de Batres que presenció los primeros rescates hechos por don Leopoldo:



Al lado, justo al pie de la cara sur de la Pirámide del Sol el señor Batres descubrió, desde el inicio de los trabajos, “la Casa de los Sacerdotes”. Está adosada a un pequeño teocalli, sobre el borde de la plataforma formando una terraza de ese lado, una construcción de una veintena de piezas, grandes y pequeñas, unas parecen simples pasajes con un canal de desagüe para el agua; otras tienen una cavidad redonda como una taza, dentro el

suelo es de hormigón. Los muros son muy espesos, pero todos rozan una altura que varía entre sesenta y cinco centímetros a dos metros; ellos continúan en una parte superior debido a los trabajos de albañilería nueva hecha para protegerlos. Están recubiertos de la misma capa de cal y canto que en otra parte con los mismos frescos de color rojo; los mejor conservados son protegidos por unos entablados. Los techos deben ser hechos de lámina de pizarra gris que se encuentra en todo el rededor. Es ahí donde el señor Batres encontró restos humanos y otros objetos [...] atestiguando la fuerza del incendio que destruyó la ciudad de los dioses cuando el enemigo se apoderaba de ella. Lo que es difícil de explicar en este caso, es que las pinturas y la capa estucada de los muros de otras piezas de la Casa de los Sacerdotes estén muy bien conservadas y sin trazo de incendio (Roux, 1903: 62).⁸

Entre los restos humanos hallados en las excavaciones realizadas en cada una de las esquinas de los cuerpos arquitectónicos de la Pirámide del Sol se encontraron enterrados restos de niños que habían sido depositados como ofrendas de consagración del edificio (Rodríguez, 2003: 14). Dos enterramientos más se localizaron en el llamado “Templo de los Sacerdotes”. Cabe comentar que los hallazgos mortuorios de Batres en Teotihuacan se sumaron a los que hicieron exploradores anteriores; el primero de ellos fue el del francés Désiré Charnay entre los años de 1857-1870. En su libro *Les anciennes villes du nouveau monde. Voyages d'explorations au Mexique*, Charnay registró el descubrimiento de 18 entierros, algunos ubicados en el conjunto sureste de los edificios superpuestos; otros cerca de la iglesia del poblado de San Juan Teotihuacan (Charnay, 1885: 107-125). En adelante, los sucesivos proyectos arqueológicos, a gran y menor escala, no cesaron de encontrar nuevos enterramientos. Hasta la exploración realizada en Teotihuacan en 1995, la arqueóloga Verónica Rodríguez Manzo registró 1 317 entierros, que involucraban a un mínimo de 1 863 individuos aproximadamente. De todos estos entierros, 21 eran preteotihuacanos, 68 posteotihuacanos y 1 228 (la mayoría), teotihuacanos (Rodríguez, 2003: 13, 17, 22).

En 2004, en el marco del Proyecto “Pirámide de la Luna”, codirigido por el arqueólogo Rubén Cabrera, del INAH, y por el doctor Saburo Sugiyama, de la Aichi Prefectural University de Japón, se

⁸ Traducción de la autora.

Vista parcial de los descubrimientos realizados por Leopoldo Batres en la Pirámide del Sol. Al fondo, la Pirámide de la Luna, que no fue descubierta en este periodo. Inv. 169548, Sinafo-INAH, Pachuca, Hidalgo.

